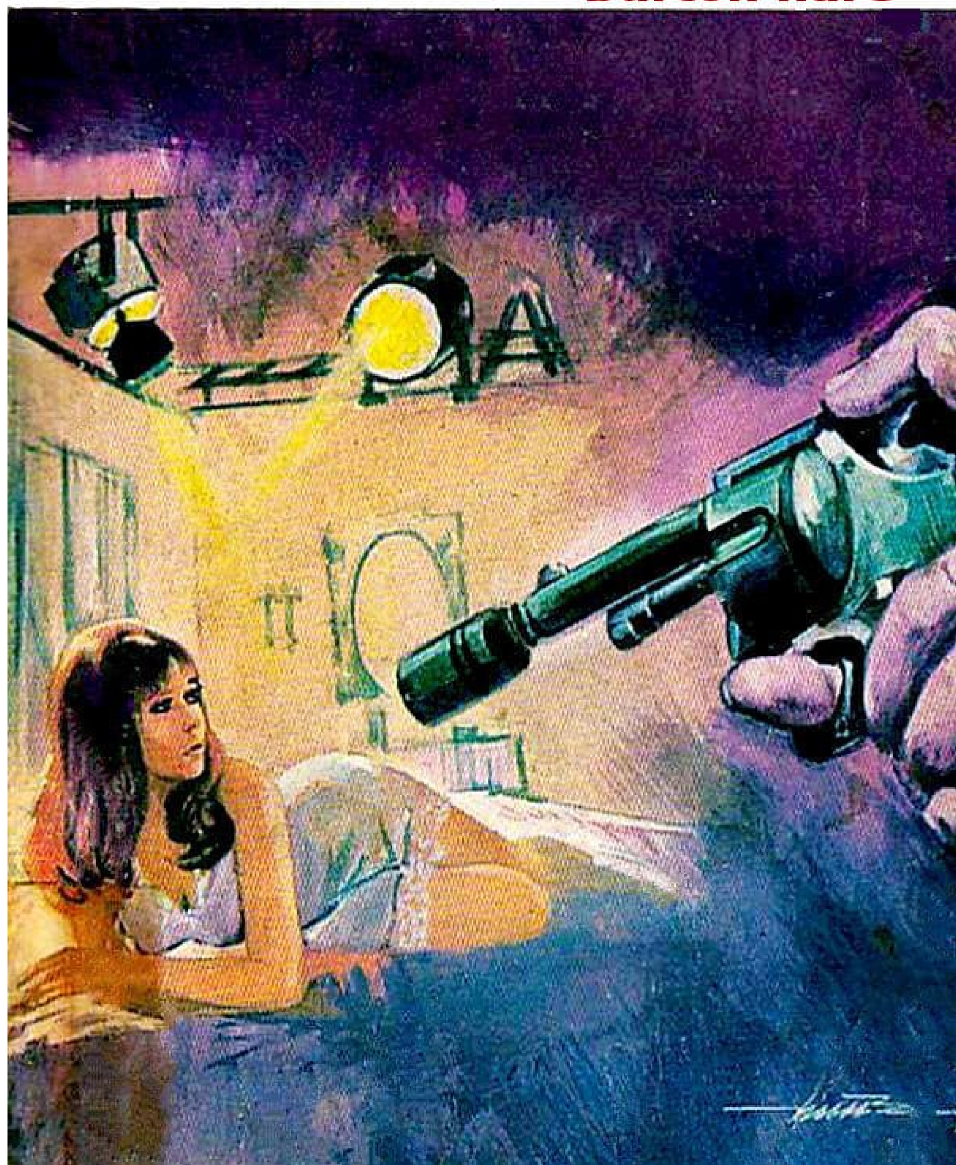
BOLSILIBROS
BRUGUERA

SS

SERIE
SERVICIO SECRETO

# "asesinerama" en negro

**burton hare**



Si uno quería ponerse nervioso no tenía más que mirar alrededor mientras estallaban los aplausos, y los comentarios se elevaban como una marea entre los relámpagos de las cámaras de los fotógrafos, o el frenético ir y venir de las cámaras de televisión, por los pasillos, encaramadas sobre sus grúas mecánicas, captando hasta el último detalle de las gansadas de Bob Hope, en el escenario.

Sencillamente, estaban distribuyéndose los premios de la Academia, los archifamosos «Oscar».

John Wayne lo había recibido con lágrimas en los ojos, envejecido y solo, se animó cuando la bellísima actriz Bárbara Streisand le dio un sonoro beso de felicitación.




Burton Hare

# Asesinerama en negro

## Bolsilibros - Servicio Secreto - 1055

**ePub r1.0**
**LDS** 21.02.18

Título original: *Asesinerama en negro*
Burton Hare, 1970
Cubierta: Jorge Núñez
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



# SS SERVICIO SECRETO



# CAPÍTULO PRIMERO

Si uno quería ponerse nervioso no tenía más que mirar alrededor mientras estallaban los aplausos, y los comentarios se elevaban como una marea entre los relámpagos de las cámaras de los fotógrafos, o el frenético ir y venir de las cámaras de televisión, por los pasillos, encaramadas sobre sus grúas mecánicas, captando hasta el último detalle de las gansadas de Bob Hope, en el escenario.

Sencillamente, estaban distribuyéndose los premios de la Academia, los archifamosos «Oscar».

John Wayne lo había recibido con lágrimas en los ojos, envejecido y solo, se animó cuando la bellísima actriz Bárbara Streisand le dio un sonoro beso de felicitación.

El «todo» Hollywood estaba presente en la magna asamblea. Los Burton, luciendo ella el fantástico diamante «Cartier» valorado en un millón de dólares; Claudia Cardinale, Fred Astaire, que hizo una soberbia demostración de danza tan perfecta como en sus buenos tiempos; Liza Minelli…

Todos estaban allí, y la expectación por los premios se había desvelado y ya sólo quedaba el despecho, la envidia y las rencillas, y los celos disimulados con sonrisas brillantes…

Pensé largamente antes que terminara la soberbia mascarada, pero mi hombre estaba allí y si le dejaba plantado las cosas podrían ponerse muy difíciles para mí.

Así que aguanté la sesión, reí los chistes de Bob Hope, y entretanto intenté localizar a Fredric Steiner, el gran productor, el rey sin corona, como alguien lo había llamado una vez.

Pero no fue hasta el final cuando casi tropecé con él, cuando ya la multitud de famosos y famosas empezaban a desfilar. Estaba en compañía de una soberbia y opulenta sirena rubia, una damita a la

que había que mirar dos veces para convencerse de que todo lo que mostraba era realmente suyo.

—¡Querido amigo! —estalló, casi abrazándome—. Te agradezco infinito que hayas podido venir.

—Escuche…

—Ahora no. Todo el mundo va a una fiesta en grande. Naturalmente, quedas invitado y espero que tengamos ocasión en cualquier momento para tratar de nuestro asunto.

—Hasta ahora es solamente «su» asunto. No sé una maldita palabra de ello todavía.

Sonrió con toda la boca, mientras la rubia comenzaba a impacientarse.

—Lo sé, lo sé, pero ya ves la enorme confusión que reina en todas partes. Mira, la fiesta es en la residencia de Perry Doney, en Beverly Hills. Nos veremos allí, ¿sí?

—Si el asunto podía esperar no tenía por qué haberme sacado a estas horas. Tengo la fea costumbre de dormir de vez en cuando, Steiner.

—Todavía es más fea tu maldita costumbre de cobrar honorarios astronómicos y no me quejo por ello —la sonrisa había desaparecido de su redonda cara de luna llena—. Te veré en la fiesta.

Y se largó, casi abrazado a su rubia como un náufrago a una tabla de salvación.

Maldije para mis adentros.

Hube de seguir al alud que me zarandeó hacia la salida. Afuera, una legión de papanatas se agolpaba para ver de cerca a los dioses y diosas de la pantalla, bañados por la catarata de blanca luz de los focos.

No creo que me confundieran a mí con ninguno de ellos. Por lo menos, nadie me pidió un autógrafo.

De modo que fui en busca de mi coche y poco después me introducía en la procesión de relucientes vehículos que se encaramaban hacia Beverly Hills, como si Hollywood entero se dispusiera a asistir a la misma fiesta.

La residencia de Perry Doney estaba colgada en un risco, edificada sobre roca viva. Poseía unas cuantas hectáreas de terreno alrededor en la que sólo faltaba un océano particular para ser una

propiedad completa, aunque habían tratado de salvar ese escollo construyendo una piscina de proporciones suficientes para sostener un acorazado. Del fondo de la piscina brotaba una luz tamizada que creaba formas fantásticas alrededor.

Los jardines podrían haber servido como decorado para una película oriental, como parte del paraíso de un sueño lúbrico, poblado de bella huríes de todos los tamaños.

Deambulé de un lado a otro, cazando un *whisky* aquí y otro allá, pensando con nostalgia en mi cama.

De pronto, una voz exclamó a mi lado:

—¡Infiernos, si es Rod Jansen! ¿Qué estás haciendo aquí, muchacho?

—¡Archer!

Archer Mauguin era uno de los mejores representantes del mundo del celuloide. Tenía en su archivo los más cotizados actores, y sus porcentajes alcanzaban cifras que el fisco habría dado cualquier cosa por conocer.

—No me digas que estás trabajando también esta noche, Rod —dijo, enarbolando una copa de champaña vacía.

—Sólo he venido a dar una vuelta.

—¿Conoces a Perry Doney acaso?

—Conozco mucha gente en esta podrida ciudad.

Se echó a reír. Un mozo pasó con una bandeja cargada de copas. Archer le cazó una al vuelo sin preocuparse del contenido.

Vi venir a Steiner, navegando agarrado al timón de cabellera rubia. Cuando pasó por nuestro lado exclamó:

—No te alejes mucho, Jansen… Hablaremos en cualquier momento.

Y siguió su ruta dando bandazos. A juzgar por su estado, cuando llegase el momento de hablar estaría tan bebido que ni siquiera recordaría mi nombre.

Archer gruñó:

—De modo que estás aquí por ese buitre.

—Bueno, se empeñó en que viniera. Al parecer tiene algo que decirme.

—¿Es que se ha decidido a contratarte como guardaespaldas?

—Ya sabes que no me dedico a eso, Archer. De cualquier manera, ¿crees que necesita quien le guarde las espaldas?

—No conozco otro que lo necesite más. La mitad de los habitantes de Hollywood darían la mano derecha por verlo colgar de la rama de un árbol.

—Se me ocurre que si he de guardarle yo las espaldas, puede empezar a elegir la rama.

Archer dio un bandazo, demostrando que lo que llevaba bebido comenzaba a hundirle poco a poco.

—Si te paga como tú acostumbras cobrar trabajarás para él sin la menor duda, Jansen —tartajeó—. Además, mientras nadie diga lo contrario, la palabra de ese buitre, en Hollywood, es ley.

No repliqué, entre otras razones porque estaba mirando a una dama que, según las revistas especializadas, batía todos los récords de seducción en la historia de la pantalla. Sólo que yo estaba viéndola en proyección tridimensional y empecé a pensar que las revistas se quedaban cortas.

Archer siguió la dirección de mi mirada y dio un respingo.

—¡May! —exclamó—. Ya desesperaba de verte esta noche.

May Dixie esbozó una mueca de disgusto.

—No me encuentras en mi mejor momento, querido Archer —dijo la actriz con voz neutra—. Espero que no tengas ninguna mala noticia para mí.

—¡Por supuesto que no, por supuesto que no! —cacareó el agente—. Es precisamente al revés. Creo que te conseguiré el mejor contrato de toda tu vida, corazón. Sólo falta ultimar los detalles.

—¿Con quién?

—Con Steiner, por supuesto. El quiere discutir algunos puntos contigo personalmente, pero el negocio está prácticamente hecho.

Ella suspiró.

—Conozco esa clase de discusiones. Creo que me está naciendo un complejo al respecto.

Estuve mirándola todo el tiempo. Cuando suspiró, su martirizado traje de noche amenazó con desgarrarse de arriba abajo.

Era una mujer de un hechizo indiscutible. Se la habría podido describir diciendo que era una morena de cara bellísima, de estatura común y cuerpo soberbiamente formado, con generoso busto que el escote hasta la cintura convertía en un abismo de vértigo, y todo habría sido cierto. Lo que no se podía definir con

tanta facilidad era el milagro que hacía de ella una estrella infinitamente deseable para millones de hombres del mundo entero.

Tal vez fuera la luminosidad dorada de sus ojos, la manera como se movía, la gloriosa armonía de sus turgentes curvas o la carnosa sensualidad de sus labios, que parecían una promesa de pasión madura. De cualquier modo, uno sentía al mirarla un agradable calorcillo recorrerle desde los cabellos a la planta de los pies.

Archer trató de ignorar el comentario de la actriz y dijo:

—Si cuando hayas hablado con él estás conforme con el guión, creo que podremos firmar en un par de días.

—No temas, tu diez por ciento está seguro, querido. Hablaré con Steiner en su maldito idioma y al infierno todo lo demás.

—¡Caramba, May! Olvidé presentarte a mi amigo…

Ella se volvió. Le sonreí.

Sus ojos se iluminaron de pronto.

—¡Rod! —exclamó—. ¡Rod Jansen en persona!

Archer se quedó sin habla. Un instante después, cuando intenté estrechar su mano, ella la ignoró y me echó los brazos al cuello.

Realmente, sus labios eran capaces de dar mucho más de cuanto prometían. Lo experimenté en los breves segundos que aplastaron los míos como un huracán.

—¡Rod! —repitió—. Casi no puedo creerlo… Tú en una de las disipadas fiestas de Hollywood…

—Bueno, me trajeron, tú sabes.

Archer balbuceó:

—No sabía que… que conocías a este tipo, querida.

—Le quiero, Archer. Es mi amor imposible desde que me sacó del más endiablado embrollo de toda mi vida. ¿Recuerdas, amor?

Asentí con un lento cabezazo, mirándola, recordando el pasado y lo que pudo haber sido y no fue.

—No lo olvidé, niña —dije—. Hay cosas que permanecen en la vida de un hombre para siempre.

—Pero tú odiabas estas fiestas. Nunca quisiste…

—No vine por mi gusto.

Archer cacareó:

—¡Steiner le obligó a venir! Por lo visto necesita ayuda.

—Siempre el maldito baboso… ¿Vas a trabajar para él, Rod?

—No lo sé todavía. Steiner…

Una voz estalló tras de mí:

—¿Quién habla del maldito hijo de perra?

Nos volvimos en redondo. El tipo se balanceaba atrás y adelante como un péndulo. Sin embargo, sostenía una copa con asombroso equilibrio.

—Kyle Baker —gruñó Archer—. Como de costumbre, borracho como un cerdo.

—Tómalo con calma, querido —dijo el actor—. Sólo trato de ahogar en llanto mis pesares.

—En llanto no sé —dije—, pero que se va a ahogar en alcohol no cabe duda.

Me miró de mala manera y sus ojos estaban turbios.

—Otro chiste semejante y le salto los dientes —prometió—. A todo esto, ¿quién diablos es usted?

Archer maldijo entre dientes y luego añadió:

—Se llama Rod Jansen. Quizás has oído hablar de él, Kyle… Está aquí por Steiner.

—¡Me importa un…! ¿Steiner?

Asentí.

—Bueno, bueno… cuando lo vea dígale que le ajustaré las cuentas… le retorceré el pescuezo de una vez por todas, señor Jansen… o como se llame.

—¡Cierra la bocaza, Kyle! —rugió Archer—. Estás asquerosamente borracho.

—Éste es un buen descubrimiento… pero mataré a Steiner, hermano, borracho o sobrio.

Hizo un torpe ademán de despedida y se largó.

—Empiezo a creer que realmente la gente no quiere bien al gran Steiner —comenté con soma.

May susurró:

—Por otros motivos, pero a mí también me gustaría retorcerle el cuello…

—Eso no es propio de una dama —dije, riendo.

—Yo no soy ninguna dama. Soy May Dixie, «la deseada». ¿Lo olvidaste? Lee las revistas de chismes y verás.

Hice una mueca.

—Yo no leo basura, primor. ¿Qué demonios le pasa a todo el mundo esta noche?

Archer farfulló:

—Esto no es más que el principio. Espera un poco y verás.

—No creo que espere mucho más.

May se colgó de mi brazo.

—Rod, querido…

Dime.

—¿Te importaría ser mi caballero esta noche?

—Por mí encantado. He soñado con el paraíso muchas veces, sólo que siempre despertaba antes de tiempo. Tengo la esperanza de vivir el sueño hasta el final esta noche.

Archer gruñó:

—Ten cuidado, May… un escándalo ahora haría trizas tu contrato.

—Oh, vete al infierno, corazón…

Tiró de mí y dejamos al agente artístico refunfuñando en mitad del jardín.

Nos internamos por un solitario sendero de gravilla. Extrañas luces brillaban entre los arbustos permitiendo ver dónde uno ponía los pies.

Unos minutos después, May susurró:

—Creo… creo que fui una estúpida, querido.

—¿De veras?

—Ya sabes lo que quiero decir.

—No.

—Cuando tú y yo…

—No hablemos de esto.

—Lo he pensado muchas veces —siguió sin hacer caso de mi negativa a tratar del tema—. Debí dejarme guiar por el corazón, pero me cegó el brillo de la fama y la fortuna.

—Bueno, alcanzaste las dos cosas.

—Pero perdí…

Nunca llegué a enterarme de qué era lo que había perdido a cambio de la fortuna y la fama, porque el seco estampido de un disparo hizo polvo el silencio que nos rodeaba, y alguien gritó, muy cerca.

Instintivamente, eché a correr ignorando los gritos de la bella muchacha. Cuando me hundí en la oscuridad pensé que si la pistola ladraba otra vez la bala muy bien podría venir en mi busca…

Pero me equivoqué.

# CAPÍTULO II

Fredric Steiner parecía haber recibido el balazo en la cabeza, pero se mantenía de pie. Su rostro era una máscara de terror y transpiraba a chorros, temblando en mitad de un pequeño claro, junto a una fuente iluminada.

La opulenta rubia gemía paralizada de espanto, abrazada a él con tanta fuerza que en los primeros instantes no supe si el gran productor se sostenía en pie por sus propios medios o sólo por el apoyo de la muchacha.

—¿Qué pasó? —grité al irrumpir en el claro.

Los ojos como globos hinchados de Steiner me taladraron.

—¡No haga preguntas idiotas, Jansen!

—¡Nos dispararon un tiro! —sollozó la rubia.

—«Me» dispararon un tiro —rectificó él—. La cosa no iba contigo, tonta.

En los primeros instantes me extrañó que nadie más acudiera al escenario del sainete, pero luego caí en la cuenta de que estábamos en un lugar muy apartado del centro del jolgorio. Además, la orquesta berreaba en la escalinata principal ahogando cualquier otro sonido para los que no estuvieran cerca.

Tras de mí escuché los pasos de May Dixie, y en un instante desembocó también en el claro.

—¡Rod! ¿Qué fue…?

—Alguien jugó al tiro al blanco con Steiner —dije de mal talante —. ¿Vieron algo?

—Otra pregunta idiota —mugió el productor—. Sólo oímos el estampido, y la bala arrancó trozos de madera de ese árbol… junto al que estábamos nosotros.

Eché un vistazo y comprobé que era cierto. El proyectil había

dejado una profunda marca en la corteza.

—Hay alguien que no siente ninguna simpatía por usted, Steiner —comenté—. ¿Quiere hablarme ahora de nuestro negocio?

—¡No, maldita sea! Ese hijo de perra, sea quien sea, no me estropeará la noche. Espere, Jansen, y luego nos veremos.

Suspiré resignadamente.

—Desde luego —dije—. Es su cabeza la que está en la galería de tiro. Yo no tengo prisa. Pero por lo menos podrá decirme si ese intento de asesinato tiene alguna relación con nuestro asunto, sea el que sea.

—¡Naturalmente!

—*Okey*; por lo menos, trate de mantenerse vivo hasta que haya podido hablar conmigo.

—¡Largo! —rugió.

De modo que les dejé alejarse. May susurró junto a mí:

—Es lamentable que el tipo no haya tenido mejor puntería…

—¿De veras piensas eso?

—Odio a ese hombre, corazón, de veras.

Repentinamente, un relámpago blanco estalló en medio de los arbustos. Pegué un brinco, volviéndome. Un individuo delgado y de cara pálida se levantó con una cámara fotográfica entre las manos y durante unos segundos estuvo mirándome, indeciso.

—¡Venga usted aquí, hermano! —Gruñí—. Voy a hacerle comer esa maldita cámara.

Dio un salto atrás y echó a correr. En un segundo se hubo esfumado.

Tras de mí, May comentó:

—No te alteres, querido. Mañana o pasado verás esa foto en una revista y habrá nacido otro escandaloso capítulo de mi biografía.

—¿Quieres decir…?

—Ni más ni menos. Otra de mis volcánicas pasiones, según esos sucios chismosos. Una se acostumbra a la basura y ya no la huele, quiero decir que a mi no me importa.

—Bueno, pues a mí menos. Mi reputación es algo que sólo me concierne a mí. Sea como sea, lo siento por ti. Si algún día puedo echarle la vista encima a ese tipo voy a…

—Olvídalo.

Lo olvidé cuando me echó los brazos al cuello. Primero pensé

que si el chismoso fotógrafo aprovechaba la oportunidad iba a hacerse rico.

Luego, ya no pensé nada.

* * *

Estábamos bailando estrechamente abrazados. Éramos una de las escasas parejas que lo hacían, porque, por algún extraño milagro, la mayoría de asistentes a la fiesta habían desaparecido.

No obstante, sus coches estaban en la calle todavía, así que…

—Querido…

—¿Sí? —exclamé.

—Quiero irme a casa.

Señalé hacia Steiner, que estaba derrumbado en una silla, tras una mesa, en compañía de su inseparable rubia.

—He de aguardar. Esta noche se la cobraré a ese judío a precio de ero, así que…

Ella hizo un mohín de disgusto.

—¿No puedes mandarle al diablo, cariño?

—Ése es un buen chiste.

—¿Sí?

—Tengo algunos feos vicios, pequeña, entre ellos el de comer. Y en estos momentos Steiner representa mis subsistencias de unos meses. Esperaré a que termine bajo la mesa, completamente borracho, y entonces lo llevaré a casa. Quiero terminar la noche con mi buena obra del día.

—¿No sería una buena obra que me llevases a mí?

Le miré. Sus ojos tenían chispas doradas y sus labios entreabiertos estuvieron a punto de dar al traste con mi determinación.

—¿Viniste sola?

—Por supuesto.

—Tendrás que irte del mismo modo.

Sacudió la cabeza. Las chispitas doradas de sus ojos se apagaron una a una y ya sólo quedó en ellos una gran tristeza.

—No puedo —musitó—. No esta noche.

—¿Qué tiene de malo esta noche?

—Creo que no podrías comprenderlo… a menos que vinieras

conmigo.

Sacudí la cabeza de un lado a otro.

Dejó de bailar y la seguí hacia la mesa, no lejos de la que Steiner ocupaba.

Apenas nos habíamos sentado, cuando un hércules vestido con un deslumbrante *smoking* de fantasía se aproximó pisando con firmeza.

—Estuve buscándote, May, cariño —berreó con entusiasmo—. No puedes condenarme a pasar esta noche sin bailar contigo…

—Hola, Hank.

Ella me miró dubitativamente. El hércules también lo hizo y apostaría que había evidente desprecio en su mirada.

—Te dije que esta noche no puedo estar sola, Rod —musitó la muchacha—. Tú…

—Diviértete, querida. Después de todo, ¿por qué no?

—No has olvidado nada de cuanto pasó, ¿verdad?

—Lo intenté.

—Comprendo.

Se levantó. Unos instantes después, desaparecía entre los brazos de aquella especie de Tarzán en traje de etiqueta.

Suspiré resignadamente, llamándome estúpido por lo que estaba perdiéndome.

Entonces, Steiner se levantó y vino hacia mí tambaleándose de mala manera.

—Éste… Jansen…

—Ése soy yo. Siéntese antes que tenga que recogerle del suelo.

—Eso no tiene gracia…

Pero se derrumbó en una silla.

—¿Está seguro que esa dama podrá soportar la soledad tanto tiempo, Steiner?

—Oh, bueno, ésa… Sólo tiene una cosa buena.

—Cuernos; yo le podría mencionar muchas más.

—Es la única mujer de las que conozco que no quiere ser estrella. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—Seguro. En Hollywood, y para un productor, esto es un mirlo blanco.

—Justamente.

—¿Se ha decidido a hablar de una vez?

—No estoy muy en forma, pero creo que antes de que esto termine debemos llegar a un acuerdo. Quiero que trabajes para mí, Jansen.

—Prácticamente, estoy trabajando para usted. Voy a cobrarle esta noche en tarifa extra.

—Maldito si me importa lo que me cobres si… Bueno, no quise decir eso —rectificó apresuradamente—. Quiero que encuentres a una muchacha.

Casi salté fuera de la silla.

—¿Se encuentra usted bien, Steiner, de veras?

—Se llama Celeste Holm —prosiguió, ignorando mi interés—. Búscala así se esconda en el fondo de la tierra.

—Pensé que estaba usted preocupado por lo del disparo y que el asunto podía tener relación con…

—Precisamente.

—No lo entiendo.

—Bueno, es muy posible que sea ella quien me ha soltado el balazo. He estado pensando en eso desde que ocurrió.

Estupefacto, le miré para asegurarme que no desvariaba.

—Tarifa extra si la encuentras en menos de una semana, Jansen.

—Le cobraré extra de todos modos. ¡Maldita sea! Tiene usted un regimiento de mujeres a su alrededor, las más espectaculares de Hollywood. ¿Qué tiene ésa de especial?

—Nada de preguntas a ese respecto. Búscala. Eso es todo lo que tienes que hacer.

—¿Y para eso tanto misterio, tanto hacerme perder la noche y esperar?

—¿Quieres o no quieres embolsarte cinco mil dólares?

—¿Qué ha dicho?

—Lo oíste muy bien. Cinco mil si la encuentras. La tarifa solamente si fracasas.

—Hecho. Pero voy a necesitar más datos, una foto, todo lo que pueda ayudarme en mi trabajo.

—Conforme. Lo tengo todo en mi casa. ¿Qué hora tienes?

Eché un vistazo al reloj.

—Las tres y veinte minutos.

—Quiero hablar con Perry Doney antes de irme… A las cinco estaré esperándote.

—Es una condenada hora para tratar de negocios… Olvídelo; los cinco mil y todo eso. Estaré allí.

Asintió con un gesto. Levantándose, gruñó:

—No me falles, Jansen… No esta vez.

Se levantó, y tambaleándose regresó a su mesa donde la rubia sensacional le recibió literalmente con los brazos abiertos.

Bebí otra copa, pensando que ya llevaba demasiado alcohol en el cuerpo por esa noche. Luego, pensé que me encontraba muy solo y casi me sentí melancólico.

Traté de localizar a May entre las escasas parejas que danzaban en el jardín. No pude verla por ninguna parte, ni a ella ni al Tarzán en traje de etiqueta.

Me negué a pensar en ellos. May era un viejo episodio de mi vida.

Sólo eso.

Pero a veces todavía dolía, y esa noche era una de esas veces.

Me levanté y alguien tropezó conmigo. Por muy poco no di con mis huesos en el suelo arrastrando la mesita.

El individuo ni siquiera se detuvo para pedir disculpas. Dando grandes bandazos, se alejó en dirección a Steiner.

Le reconocí.

Era Kyle Baker, el actor de mal carácter.

Le vi detenerse junto a la mesa del productor. Steiner levantó la mirada y no pudo evitar una mueca de contrariedad. Inmediatamente comenzaron a discutir violentamente.

El rostro de la rubia se puso blanco. Steiner se levantó dificultosamente, barbotando y gruñendo. Me aproximé a ellos.

Kyle Baker estaba diciendo con voz insegura:

—¡Le aplastaré, sucia babosa, juro que le aplastaré hasta el fondo de la tierra…!

—¡Largo de aquí, bastardo! —rugió Steiner.

—Todavía he de decirle algo más, reptil…

—¡Fuera!

Baker alargó su manaza y apoyándola sobre la cara del productor empujó y le arrojó sobre la silla.

—¡Me escuchará hasta el final, maldito! —rugió—. Acabaré con usted y sus puercos trucos así sea…

Steiner había perdido el color y parecía a punto de desmayarse.

No supe si de miedo o causa de la borrachera.

De modo que sujeté al actor por el brazo y le obligué a dar la vuelta.

—Tómelo con calma, amigo —le aconsejé.

—¡Quíteme las zarpas de encima!

—Dese una vuelta y luego vuelva. Verá las cosas de otro modo…

—¡Maldito bastardo!

Se libró con una sacudida y se enfrentó conmigo, agazapado.

—¿Es usted su matón a sueldo o qué? —Gruñó.

—Para usted, esta noche, soy Santa Claus. Váyase a casa, hágame caso.

—¡Con un demonio, yo…!

—Escuche…

Steiner lo estropeó definitivamente cuando chilló:

—¡Échalo de aquí a puntapiés, Jansen!

Baker sonrió como un chacal:

—Lo que dije a su guardaespaldas —mugió—. Voy a darte una pequeña lección… de modales…

Disparó su puño con tanta elegancia como si se tratara de una pelea ante las cámaras.

Sólo que yo jamás peleo de ese modo, entre otras razones porque prefiero conservar íntegro mi físico.

Esquivé el mazazo y me limité a descargarle el puño en el estómago. Sentí cómo se hundía profundamente y pensé que iba a salirle por la espalda.

El bello actor abrió la boca y desorbitó los ojos. Su rostro adquirió un feo color gris a medida que iba doblándose poco a poco, como a cámara lenta, hasta caer de rodillas.

Steiner respiraba como un fuelle asmático.

—¡Muy bien, Jansen! —bufó—. ¡Ese maldito estúpido…!

—Escuche, no le golpeé por eso, sino porque él trató de sacudirme primero. No me gusta nada que…

—¡Le mataré! —rugió Baker, haciendo esfuerzos por levantarse.

Miré a mí alrededor. Quedaba poca gente cerca y cada pareja tenía sus propios y personales asuntos por resolver.

Tambaleándose, el actor consiguió ponerse de pie y vino hacia mí con las peores intenciones del mundo ardiendo en sus turbios ojos.

Suspiré resignadamente. Estas cosas, pensé, sólo me ocurren a mí.

Cuando lo tuve al alcance de la mano, le descargué un zurdazo en el mentón. Tal vez puse excesiva fuerza en el golpe, porque sus pies perdieron contacto con el suelo, y cuando aterrizó lo hizo a diez pasos de nosotros.

—Bueno, esto parece que termina con el conflicto —dije de mal talante.

Fui hacia él, comprobé que estaba inconsciente y, levantándolo, lo llevé hasta una mesa, donde lo deposité dejándolo de modo que parecía un borracho vencido por la bebida, con los brazos sobre la superficie de la mesa y la cabeza apoyada en ellos.

Steiner cloqueó:

—¡Muy bien, Jansen, eres lo mejor de la «industria»…!

Le di la espalda y me largué, disgustado y furioso conmigo mismo.

Cuando salí a la calle, lo hice a tiempo de ver a May subir a un estilizado «Ferrari» color gris plata en compañía de su Tarzán particular.

El coche se puso en movimiento y se alejó rugiendo.

Quedé solo en mitad de la calzada.

Enormemente solo…

## CAPÍTULO III

Estacioné el coche en una esquina del Sunset Boulevard. Faltaba casi una hora para mi cita con Steiner. El sueño volvía pesados mis párpados y la noche se me antojaba cada vez más solitaria.

Anduve por la amplia acera durante irnos minutos, sin rumbo, tan sólo para hacer algo que no fuera pensar una y otra vez en May Dixie y en su maldito Tarzán privado para esa noche.

Vi los relámpagos del anuncio rojo de
Martin's
II y fueron como una llamada. Entré en el establecimiento, uno de los que no cierra en toda la noche.

La muchacha del mostrador demostró que poseía una dentadura magnífica cuando me acerqué.

Había no más de diez personas sentadas en las diminutas mesitas. No conocía a ninguna de ellas, lo cual fue un alivio.

Me encaramé a un taburete. La chica runruneó:

—Una magnífica noche, señor Jansen… ¿No podía dormir?

—Tú lo has dicho —dije amargamente.

—¿Lo de costumbre?

—Sobre las rocas, Nelly.

Trajo el *whisky* y un vasito para servirse otro para ella. Bebimos en silencio, como si fuera un ritual de un culto a los noctámbulos.

Después, Nelly musitó:

—Estuvo aquí esta noche, señor Jansen.

—¿Quién?

Parpadeó repetidamente.

—Adivínelo.

—Cariño, te aseguro que no me encuentro en condiciones de jugar a las adivinanzas esta noche.

—No hace treinta minutos —añadió.

Suspiré resignadamente.

—Max Dixie —dije.

—¡Caray, señor Jansen! —exclamó—. Por no estar usted en forma ha dado en la diana a la primera…

—¿Te gustó el Tarzán?

—¿Quién?

—El Tarzán en traje de etiqueta de fantasía… el *smoking* de color rosa y todo lo demás.

Me miró para asegurarse de que no estaba borracho.

Luego musitó:

—No sé de quién me habla.

—Bueno, del acompañante de May.

—Pero ella vino sola, señor Jansen. No la acompañaba nadie…

Casi salté fuera del taburete.

—¿Qué dijiste?

—Vino sola —repitió—. Y me pareció que esta noche no se sentía muy feliz. Estuvo tomando un par de tragos y luego pidió un taxi por teléfono.

Apenas pude creerlo. De modo que May había soltado a su caballero en cualquier punto del camino para terminar la noche sola.

Apuré el *whisky* de un trago y me encaminé al teléfono. Nelly sonrió, satisfecha, porque ella era una de las muy contadas personas que conocía el frustrado romance habido entre la estrella y yo, un par de años atrás.

Intenté llamar a May por teléfono. No conseguí que respondiera hasta el tercer intento. Su voz resultó más bien desabrida cuando exclamó:

—¡Bueno! ¿Qué pasa ahora?

—¿May?

—¡Dios, tú!

—Se me ocurrió que sería agradable oír tu voz, pequeña.

—¡Oh, Rod, sería mucho más agradable si estuvieses aquí conmigo!

—Ahora no…

—¿Por qué?

—Steiner. Me espera a las cinco de la madrugada.

—¡Siempre ese sapo! —Escuché una especie de jadeo iracundo y luego añadió—: ¿Esta madrugada quieres decir?

—Sí.

—¡Oh!

—¿Estás sola?

—Rod, estás portándote como un tonto.

—Pienso en el hercúleo caballero que te salió durante la fiesta.

—Hank Morland —musitó—. Bueno, no puedo decir que hayamos congeniado precisamente…

—¿No?

—Quedó muy desilusionado cuando cerré el contacto del coche y me apeé.

—Puedo comprenderlo.

—Rod…

—Dime.

—¿Qué nos ocurre a nosotros dos?

—Nada. Todo lo que pudo ocurrir quedó resuelto hace un par de años. Sólo que hay cicatrices que nunca cierran.

—¡Oh, Rod, corazón, no sigamos haciéndonos daño uno al otro! Ven, querido, esta noche, ahora… Jamás te he necesitado tanto como esta noche.

—Lo siento. Tú me conoces.

—¡Oh, tú no puedes hacerme esto! Ha sido el destino quien nos ha unido esta noche.

—Ha sido Steiner —dije.

—¡Rod, maldita sea, no vuelvas a pronunciar ese nombre o me pondré a chillar!

—Acuéstate y sueña, querida. Te llamaré mañana.

—¡Escúchame…!

—Mañana, linda.

Escuché perfectamente su suspiro.

—No sé, Rod… quizá mañana sea demasiado tarde.

—¿Tarde para qué?

—Para todo… para mí, para ti…

—Te llamaré —repetí, incómodo.

—Espera… ¿Recuerdas qué día es hoy?

—Claro, veo el calendario cada mañana.

—Ya veo… Hace dos años, exactamente tal día como hoy, tú y

yo nos encontramos en una cabaña, en Tahoe Lake. Buenas noches, cariño.

—¡May!

Colgó de golpe. Yo lo hice despacio, maldiciendo entre dientes y maldiciéndome a mí en particular por ser un estúpido tan grande.

Regresé al mostrador. Nelly me observó como si quisiera adivinar la hora en que había quedado citado con la voraz estrella.

—Creo que otro trago me sentaría de maravilla ahora, primor.

Se apresuró a servirlo y estuvo todo el tiempo junto a mí mientras lo engullí.

Al fin murmuró:

—¿De espera, señor Jansen?

—Niña, las chicas no deben preguntar estas cosas. Por lo demás, te diré que no.

—Oh.

Desilusionada, se retiró para atender a otro parroquiano. Dejé unas monedas sobre el mostrador y abandoné el establecimiento seguido por la preocupada mirada de la muchacha.

Regresé despacio adonde había dejado el coche, lo puse en marcha y emprendí el camino de Cuyahoga Road, la tranquila avenida donde Steiner tenía su residencia.

Cuando detuve el auto ante la verja abierta vi que eran exactamente las cinco y siete minutos. Seguí por el camino de grava hacia el edificio que se destacaba, oscuro, entre la masa sombría de los árboles y la vegetación del jardín.

Había luz en una ventana de la planta baja, y una leve claridad en la entrada recortando la silueta del portal, también abierto.

Lo crucé y llamé a Steiner con voz no demasiado alta.

No me respondió. Sabía perfectamente dónde estaba su biblioteca, que utilizaba como despacho cuando estaba en casa, así que recorrí el pasillo hasta la puerta del fondo, de roble oscuro, que empujé, exclamando:

—Si su costumbre a estas horas es dejar todas las puertas abiertas, no me sorprendería que…

Callé al entrar, porque instantáneamente advertí que no tenía auditorio viviente con quien hablar.

Steiner estaba allí, por supuesto, sentado tras un desorbitado escritorio de madera oscura. Su cabeza reposaba sobre la mesa y la

sangre encharcaba ésta, empapando los papeles y el secante.

Me acerqué precavidamente. Tenía un limpio agujero en la nuca a cuyo alrededor los cabellos estaban revueltos y chamuscados. La bala debía haberle salido por el lado de la cara que tenía contra la madera y no sentí ningún deseo de verlo.

La sangre estaba brillante todavía, perfectamente liquida. Hacía muy poco tiempo que había sido asesinado y me pregunté si yo hubiera podido evitarlo en caso de llegar unos minutos antes.

O quizá en este caso serían dos los cadáveres que adornarían la lujosa biblioteca.

Miré a mí alrededor, convenciéndome de que no había la más leve señal de lucha ni desorden. Luego, me encaminé al rincón donde estaba el bar en miniatura, tomé una botella y un vaso y bebí un largo trago pensando en esto y aquello.

No me cabía duda que Steiner había despertado odios y rencillas a lo largo de su vida. Y que alguien había decidido terminar con él por alguna razón todavía ignorada.

¿La muchacha que él quería encontrar quizá?

Comencé a pensar en ella, haciéndolo de modo subjetivo, impersonal, como en una mujer sin rostro y sin cuerpo. Sólo con una mano y una pistola.

Y un terrible odio animándola.

Eché más licor en el vaso y salté del incómodo taburete. Con el vaso en la mano, di una vuelta alrededor de la biblioteca admirando las fotografías de mujeres que salpicaban las paredes.

Eran fotografías de estudio, perfectas, matizadas, unas en colores y otras en blanco y negro. La mayoría con muy escasa ropa.

Las había que contenían incluso inflamadas dedicatorias.

Por unos instantes sentí un desagradable cosquilleo al pensar que quizá en aquella colección habría alguna de May, pero luego caí en la cuenta que ella estaba ya demasiado arriba en su carrera para que su fotografía hubiera de campear entre las ilusas aspirantes al estrellato.

Fue al terminar el recorrido, en el rincón opuesto al del bar, cuando vi la única fotografía que destacaba de las otras. Estaba puesta en un bello marco de plata, sobre una consola, y representaba a una damita de apenas veinte años, bella como un sueño de adolescente. Sus grandes ojos estaban llenos de un candor

que el fotógrafo había sabido realzar con luces y sombras.

Había una sencilla dedicatoria al pie que rezaba:

«Gracias. Tuya, Celeste».

El corazón me dio un vuelco.

CELESTE.

Era la muchacha que Steiner quería que yo encontrara.

Saqué el pañuelo y protegiéndome las manos saqué la foto del marco. Abrí un cajón y deposité éste dentro, cerrándolo otra vez. Después, guardé la foto en un bolsillo cuidadosamente doblada.

Había el botón de un timbre junto a la mesa. En otras anteriores visitas, Steiner lo utilizaba para llamar a la servidumbre.

Lo apreté una y otra vez sin que nadie acudiera Sólo entonces levanté el teléfono y llamé a la policía.

Cuando colgué, tras escuchar las consabidas recomendaciones de que no tocase nada, pensé con nostalgia en esa noche perdida, y en el maldito día que se avecinaba.

Volví al bar y una vez más ataqué a la botella sin mucho entusiasmo. Incluso el *whisky* comenzaba a saber a diablos.

Y entonces, una voz desabrida dijo a mis espaldas:

—Sigue agarrado a la botella, compañero, si no quieres…

La voz se extinguió con una especie de balido. Me volví en redondo, empuñando el vaso.

Había tres tipos en la puerta de la biblioteca.

Dos eran tan grandes como montañas, y por si su tamaño no fuera suficiente, empuñaban grandes revólveres. El tercero era un alfeñique vestido deportivamente. Sobre su cabeza, un artístico bisoñé realizaba milagros para ocultar su absoluta calvicie.

Los tres miraban a lo que quedaba de Steiner con ojos saltones. De haberlo querido, hubiera podido tumbarlos a los tres a tiros antes que ninguno hubiese atinado a defenderse.

—Entren —dije—. No se queden ahí, muchachos. El bar está abierto.

Parecieron emerger del fondo de un pozo. El alfeñique tartajeó algo y los tres avanzaron, el pequeñajo casi perdido entre los otros dos.

—¿Lo hizo usted? —cacareó, señalando el cadáver.

—Nones. Sólo estaba bebiendo.

—Tiene usted un estómago envidiable —rezongó—. Se lo carga y luego se queda aquí, bebiéndose su *whisky*…

—Beba usted también, Tuttle. No le costará ningún dinero.

Dio un respingo.

—¿Quién es usted, compañero? —Cloqueó.

—Tranquilo, Tuttle. Venga aquí y beba.

—Jefe —bufó uno de los dos gigantescos gorilas—. El tipo debe llevar una pistola… la misma con que se cargó a Steiner…

—Compruébalo —ordenó.

Dejé que me sobaran de arriba abajo. Parecieron muy sorprendidos al comprobar que no llevaba arma alguna sobre mí.

—Debe haberla escondido —tartajeó el gorila más próximo.

Tuttle se aproximó entonces, encaramándose en un taburete a mi lado.

—Dígame quién es usted, compañero, o le saltarán los dientes.

—Mi nombre es Roderick Jansen.

—Eso no me dice nada… ¡Eh, un minuto! Rod Jansen… ¿Quiere decir que es «ése» Rod Jansen?

Me encogí de hombros, preguntándome cuánto tiempo tardarían en llegar los polizontes.

—No sé qué haya otro.

—¡Maldito sea! Y hemos tenido que tropezar con usted… el más famoso «hurón» de Hollywood…

—Ni más ni menos. Y va a tener usted algunos quebraderos de cabeza por haber irrumpido aquí con su ejército, Tuttle.

—Eso es algo que quedará entre usted y yo, Jansen —dispuso, amenazador—. Si abre su bocaza haré que se la cierren de modo permanente. Y ahora usted se quedará aquí mientras damos un vistazo por la casa.

—¿Qué trata de encontrar, Tuttle? La caja fuerte está aquí, detrás de la foto de la rubia.

Señalé la fotografía, que tenía muy poco de artística. Tuttle saltó del taburete y lo comprobó, apartando la foto a un lado.

Efectivamente, la redonda puerta de acero de una pequeña arca empotrada apareció a su vista.

—No creo que lo guardase aquí, pero lo comprobaré…

—En sus viejos tiempos fue usted un especialista en «latas de

sardinas», Tuttle… Me agradará ver una demostración.

—Está buscando un puñetazo en la boca, fisgón, de modo que ciérrela.

Me recosté en el pequeño mostrador. Uno de los pistoleros del pequeño gran Tuttle se colocó a mi lado, haciéndome cosquillas en el costado con el revólver. El otro estaba tan extasiado contemplando las nenas de las fotos que apenas respiraba.

Y Nino Tuttle, tras acariciarse los dedos unos con otros, puso manos a la obra, dispuesto a realizar un buen trabajo con la caja de caudales.

Y entonces, por fin, llegaron los polizontes y la cosa se animó un poco más.

# CAPÍTULO IV

La policía de Beverly Hills suele ser muy diplomática. Tiene que serlo, en un lugar donde hay más famosos y millonarios por milla cuadrada que en ninguna otra parte del mundo.

El teniente Drum era un buen exponente de ello.

Sólo que el problema amenazaba rebasar todos los límites.

—Estoy dispuesto a tragarme su historia, Jansen, pero no la de Tuttle —bufó, encarándose con éste—. Usted intentaba reventar esa caja fuerte, y alguien había liquidado al propietario… Por su parte, Jansen se limitaba a beberse el *whisky* del difunto. ¿Por qué, Tuttle?

Se habían llevado el cuerpo de Steiner y los peritos habían terminado su labor. Dos agentes vigilaban a los gorilas y yo iba por mi séptimo *whisky*. A través del ventanal entraba una sucia claridad que auguraba un día de mal tiempo.

Tuttle suspiró.

—No voy a decirle a usted nada, polizonte —dijo—. Mis abogados arreglarán esto.

—Lo arreglarán cuando usted esté entre rejas, y para entonces le habré dado algunos disgustos. Y no vuelva a llamarme polizonte. ¿Qué buscaba en la caja fuerte de Steiner?

—Algo que me pertenece.

—¿Qué es ello?

—Lo siento.

—Seguro que lo sentirá… ¡Llévenselo!

Los agentes se llevaron a los tres pistoleros. Drum se frotó la mandíbula furiosamente y vino a sentarse junto a mí.

—Jansen, hasta ahora usted se mantuvo siempre en un difícil equilibrio entre lo legal y lo que no lo es. He oído hablar mucho de usted…

—Me alegro.

—Unos me dijeron que era un embrollón sinvergüenza, muy necesario en la industria cinematográfica…; otros aseguraban que era el mejor investigador privado que había existido jamás en Hollywood…

—Adelante, me encanta oírle.

—Sí; mi opinión es que usted tiene una suerte fenomenal y una carencia de escrúpulos absoluta. Pero no le creo capaz de ensuciarse en un asunto como éste. Steiner era «alguien» en la comunidad. Va a levantarse una gran polvareda con su muerte.

—No me cabe duda.

—¿Quién cree que lo mató?

—Ni idea. Hacía meses que no le veía. Trabajé para él hará como medio año en un asunto de rutina, algo relacionado con los estudios. Y ya no supe nada más de Steiner hasta que me llamó anoche pidiéndome que fuera al festival de entrega de los «Oscar». Quería hablarme urgentemente.

—¿Y…?

—No hubo forma. Aquello era un manicomio. Después hubo una fiesta en casa de Perry Doney y tampoco allí pudimos cambiar impresiones. Fue cuando me citó aquí a las cinco de la mañana.

—Es una hora condenadamente mala para una entrevista de negocios.

—Eso mismo dije yo. Pero él insistió, y con Steiner no valía discutir.

—Entiendo…

—De mi propia cosecha, le diré que Steiner no parecía gozar de muchas simpatías en el mundo del cine. Va a encontrar usted sospechosos a montones, Drum.

—Y tenían que matarlo esta noche —se lamentó—. Cuando el reloj señale las nueve, yo debía quedar libre durante una semana.

No dije nada. Pensé sobre la conveniencia de darle otro latigazo a la botella. Sentía el paladar como si estuviera forrado de esparto, de modo que lo dejé correr.

El dijo de pronto:

—Exprimiré a ese bastardo hasta el tuétano antes que sus picapleitos amaestrados vengan a arrancarlo de mis manos… ¿Qué podía haber entre Steiner y un tipo como Tuttle?

—Bueno, Tuttle controla el vicio en un par de Estados. Un tipo semejante tiene muchas facetas, teniente.

—Eso es lo malo. Veré qué hay en esa caja cuando nuestro especialista llegue…

—Me gustaría irme a dormir —dije.

—Está bien. Espero que no me haya ocultado nada, Jansen.

Sacudió la cabeza de un lado a otro. Tras una corta despedida me largué dejándole solo.

Por el camino me crucé con los coches de los reporteros que al fin acudían como cuervos al lugar del crimen. No me sorprendió que la noticia hubiera tardado tanto en filtrarse, porque en un mundo tan cerrado, cuando conviene, esta clase de cosas son manejadas con extrema discreción por la policía.

Obedeciendo a un súbito impulso, detuve el auto y entré en una cabina telefónica. Llamé a May, pero no conseguí obtener respuesta. Su teléfono daba la señal de comunicar.

Aposté conmigo mismo a que la muchacha lo había dejado descolgado, así que no me quedó otra solución que encaminarme a mi apartamento.

Cuando me acosté era tan tarde que apenas si pude pegar un ojo.

* * *

Cuando llegué a mi oficina el teléfono estaba escandalizando con toda su voz. Entré de un salto y lo descolgué de un manotazo.

—Jansen al habla —dije con voz gruñona.

—¡Muchacho! Me gasté el dedo de tanto discar tu número en el dial. Soy Archer.

—Te conocí por la voz. ¿Qué pasa?

—He leído los periódicos de la tarde… Tú estabas allí por lo que parece, ¿eh?

—¿Dónde?

—Vamos, muchacho, eso no te sirve conmigo. ¿Qué pasó con Steiner?

—Si leíste los periódicos sabes más que yo. Ni siquiera los he visto.

—Bueno, si no quieres hablar…

—No hay nada que decir, Archer. Cuando yo llegué él estaba muerto. Eso es todo lo que sé.

—Me ha partido por la mitad —se lamentó—. Tenía un par de contratos a punto de firma… Ahora veremos cómo queda toda la producción. Oye, ¿se sospecha de alguien determinado? Tú debiste hablar con los polis…

—Te repito que no sé una maldita palabra. Me interrogaron y eso fue todo.

—¿Sabes qué pienso?

—Tú tienes ideas muy raras a veces.

—En Kyle Baker. ¿Recuerdas?

Ya lo creo que le recordaba. Pero el asunto no iba conmigo, de manera que dije:

—No puede hacerse mucho caso de lo que diga un borracho… y ese Baker estaba en las últimas.

—Bueno, de acuerdo, pero amenazó con… No importa —se echó a reír—, después de todo, Kyle es uno de mis representados. Para mí representa dinero. Dime lo que sepas del asunto, Rod, ¿conforme?

—De acuerdo.

Colgué. Encendí un cigarrillo y me recosté en el sillón basculante, pensando con nostalgia en los cinco mil dólares que se habían evaporado.

Cinco mil pavos y una cuenta astronómica además.

El asesino me había hecho un flaco servicio.

Entonces el teléfono volvió a sonar. Suspiré al descolgarlo.

—Jansen —dije tan sólo.

—Habla Kyle Baker, Jansen.

—Vaya, usted.

—¿Podría ir a verle ahora? No estoy lejos de su oficina.

—Bueno, no tengo nada mejor que hacer.

—Muy bien, sólo tardaré unos minutos.

Fueron quince los que tardó. Tenía profundos círculos oscuros alrededor de los ojos, y un moretón de campeonato en el mentón, allí donde yo le había golpeado la noche anterior.

Se dejó caer pesadamente en la butaca y gruñó:

—Debería partirle la crisma, fisgón. Me pegó muy duro anoche.

—Más duro le pegó el *whisky*. ¿Ha venido aquí para decirme eso?

Sacudió la cabeza, mirándome apurado.

—Bueno —empezó—; el caso es que tengo una vaga idea de lo que sucedió en la fiesta.

—Eso no es poco, teniendo en cuenta su estado.

—No haga chistes. Amenacé al gran sapo, ¿no es cierto?

—Seguro. Dijo que lo mataría. Y alguien lo mató realmente.

—Eso es lo que me preocupa. ¿Sería muy difícil que usted olvidara ese lamentable episodio? Si trascendiera podría acarrearme algunas dificultades.

—Eso debió pensarlo anoche.

—¿Quiere decir que no piensa callárselo?

Me encogí de hombros.

—Este asunto corresponde a la policía. Si no me preguntan no tengo por qué soplarles los oídos. Pero si me interrogan concretamente sobre este punto no espere usted que le proteja.

—Pero no tengo nada que ver con la muerte de Steiner, Jansen, créame.

—Eso lo dirá la policía en su día.

—Bueno, yo… Quizá si le contratara a usted se sintiera obligado a guardarse para usted ese desafortunado incidente…

—Yo sólo acepto trabajar para quien se me antoja, Baker. Por otra parte, aunque usted fuera mi cliente, no le protegería de un asesinato, si le acusaran formalmente por ello.

—Ya veo… Es usted un condenado bastardo, Jansen…

—¿Quiere otro puñetazo o qué?

—Un bastardo necesario en un podrido lugar como éste —añadió, levantándose—. De todos modos, gracias por no pregonar lo de anoche.

Giró sobre los talones y se fue.

Al quedar solo, saqué la fotografía de la muchacha llamada Celeste y estuve mirándola un buen rato. Aquel bello rostro de ojos claros y llenos de candor me obsesionaba, Era como si me resultara familiar, a pesar de que estaba absolutamente seguro de que jamás la había visto.

Tal vez fueran sus ojos, o la dulzura de su boca madura, o el conjunto de sus bellas facciones, el caso era que había un extraño hechizo para mí en aquella foto.

Le di la vuelta. Detrás había un número y unas siglas, más las

señas del fotógrafo: Un tal Saulnier, de Malibú.

Estuve sentado allí, solo, con la fotografía sobre la mesa, negándome a pensar en nada concreto.

Así empezó a oscurecer. Y estaba considerando la conveniencia de largarme cuando el teléfono dio nuevas señales de vida.

Esta vez, fue May Dixie quien habló, con su voz de terciopelo.

—¿Rod?

—¿Quién otro podría ser desperdiciado el tiempo en este despacho? Me alegra oírte, querida.

—¿Cómo sucedió?

—Exactamente como cuentan los periódicos… supongo. No estuve allí cuando le mataron.

—El gran sapo… ¿Crees que lo siento, en cierto modo?

—Bueno, no me lo cuentes a mí.

—Escucha, esta noche estoy libre. Muerto Steiner, no hay contrato, ni película, ni nada. Tal vez sea hora de reconsiderar algunas cosas. ¿No crees?

—¿A qué hora?

—Digamos a las nueve.

—Vale. Estaré ahí, pequeña. Sólo que yo no tengo ningún *smoking* color rosa. Habrás de conformarte con uno negro…

—Te amaré de cualquier forma, querido… incluso vestido de pordiosero. Estaré esperándote.

—Muy bien, linda.

Colgué, preocupado por el profundo impacto que seguía causándome aquella mujer, un impacto que amenazaba mi nunca bien ponderada independencia.

Cerré la oficina y descendí al vestíbulo, para avisar al portero nocturno de mi marcha, puesto que en mi ausencia él tomaba las posibles llamadas que pudiera tener.

Después, salí a la calle en busca del coche.

Y ellos estaban allí, esperándome pacientemente.

Los dos gorilas sólo me mostraron las pistolas un momento. Luego, me invitaron a subir a mi propio coche y nos pusimos en marcha.

Lamenté haber sido lo bastante idiota por no haber sacado mi «38» del cajón del escritorio…

Pero las lamentaciones ya no servían de nada.

# CAPÍTULO V

—Tuerza a la izquierda, Jansen —graznó uno de ellos cuando ya rodábamos fuera de la ciudad.

—¿Palta mucho? —pregunté.

—Poco. No lo estropee todo ahora.

—¿Está Tuttle esperándonos?

—No hay respuesta, pichón.

No volví a preguntar nada más en el resto del camino, porque en cierta forma me hallaba bastante seguro de que, por el momento, el paseo no iba a terminar trágicamente para mí.

Aunque con esa clase de gente, nunca puede uno tener la seguridad absoluta de nada.

Afortunadamente para mí, no me equivoqué. Tuttle estaba esperándonos en una casa envuelta en sombras y bosque.

Estaba pálido, macilento y nervioso. Su experiencia con la policía era demasiado reciente.

—Bueno —dije—; espero que tenga una buena razón para justificar esta especie de secuestro.

—No se ponga bravo conmigo, Jansen. No estoy de humor.

—Eso salta a la vista.

Di un vistazo a los dos mastodontes, plantados junto a la puerta de la estancia.

—¿Cómo le fue con el teniente?

Rechinó los dientes.

—¡Ese maldito palurdo…! Tuvo que soltarme tan pronto pude comunicar con mis abogados.

—Yo no tengo abogados que me libren de usted, Tuttle —dije de mal talante—. Pero no creo que vaya a necesitarlos. ¿Qué es lo que quiere para mandar sus torpedos en mi busca?

—¿Ha leído los periódicos?

—No. ¿Para qué? Yo estaba allí, ¿recuerda? No necesito que me cuenten lo que pasó.

—Ya veo… Bueno, no dicen una sola palabra de mí.

—Eso demuestra cuán deficiente puede ser la Prensa.

—Déjese de bromas. Me ha costado mover muchos hilos para quedar al margen de esto.

—¿Dónde entro yo en el asunto?

—Es sencillo. Usted me conoce… Yo diría que me conoce muy bien…

—Hasta donde ello es posible, sí.

—Excelente… Sólo existe un hombre que pueda soplar los oídos de los ensuciacuartillas, Jansen; usted.

—Entiendo.

—Mantenga la boca cerrada. Si le preguntan, yo no estuve allí. No me vio. No sabe nada de mí. ¿Está claro?

—Diáfano.

—Usted es un tipo rudo, Jansen. Sé todo lo que hay que saber de usted. Es rudo como un infierno. Pero yo también puedo serlo si me obliga. Muy duro, amigo.

—No me cabe ninguna duda.

—De modo que le haré pedazos si se le ocurre soltarles a les reporteros lo que sabe respecto a lo sucedido anoche. Le aseguro que tengo gentes dispuestas a hacer cualquier cosa, incluso tratándose de un tipo como usted.

—Admitido.

—Eso era todo lo que quería que supiera.

—¿Ha terminado?

—Hay otra cosa…

—Adelante, no se guarde nada ahora que tiene la ocasión. Soy un tipo muy complaciente.

—Sé que mandaron un especialista en cajas fuertes después que yo hube salido de la casa… ¿Logró abrirla, Jansen?

—Ni siquiera vi al tipo. Aunque supongo que sí.

—De modo que no sabe usted lo que encontraron en ella, ¿eh?

—Ni idea.

—Me pregunto…

Esperé, porque con la gente como Nino Tuttle hay que andar con

mucho tiento.

El se tomó tiempo. Encendió un enorme cigarro, expelió nubes de humo, mirándome entre aquella niebla aromática.

Y de pronto soltó:

—Va usted a trabajar para mí, Jansen.

—Olvídelo. Puedo permitirme el lujo de seleccionar mis clientes.

—No sueñe. Usted hará algo por mí. Le pagaré.

—Cobro muy caro.

—No le pregunté su precio.

—Empiece a pagar, si tiene *whisky* a mano.

Hizo una mueca y una seña todo a un tiempo. Uno de los gorilas se movió y trajo una botella y vaso. Bebimos como buenos camaradas.

Luego, él dijo:

—Supongo que sabe la clase de sanguijuela que era Steiner.

—Sé que era un productor de éxito.

—Era algo más.

—Siga, cuéntemelo, Tuttle. Hasta las nueve no tengo nada que hacer.

—Steiner era un tipo más retorcido que un sacacorchos. Hace años se encaramó en Chicago como un *racketeer* bien relacionado. Luego se retiró y se vino a Hollywood. Cambió de negocios, tiró de unos hilos aquí y otros allá y se incrustó en la industria del cine como una lapa. Tenía argumentos con que subir un peldaño tras otro y los utilizó hasta ocupar el puesto que tenía…

—Ya sabía algo de eso.

—Lo que quizá no supiera usted es que Steiner poseía un auténtico archivo de… digamos «argumentos» con que obligar a quien le interesara a bailar a su antojo.

Me enderecé en la butaca.

—¿Se refiere a chantaje?

—En parte sí. No era un chantajista en el sentido acostumbrado de la palabra. Sólo utilizaba las pruebas que tenía en momentos determinados.

—Creo que ya entiendo… Él tenía algo que le ponía nervioso a usted. ¿Es eso?

Asintió con un gesto.

—Estaba obligándome a secundar una serie de proyectos suyos

con mi dinero y mis recursos de otra índole. Utilizaba la misma técnica con todo el mundo. Sus exigencias empezaban a colocarme en una situación muy peligrosa y decidí acabar con esto.

—Por eso se presentó allí con su ejército anoche.

Cabeceó, asintiendo.

Yo dije:

—¿Qué era lo que tenía contra usted?

—Una fotografía en la que aparezco en compañía de otro hombre.

—¿Quién?

—Eso no importa ahora. Le pagaré lo que me pida por esa foto, Jansen.

—Está usted loco. La policía tiene controlada la casa de Steiner. Deben haberla puesto patas arriba a estas horas, y si había pruebas de chantaje en alguna parte ya estarán en su poder. ¿Cómo cree que podría hacer eso sin que me metieran entre rejas?

—No tengo maldita idea de cómo podría hacerlo, pero sí tengo diez mil dólares disponibles a cambio de esa foto.

—Reconozco que diez mil dólares me solucionarían la mayoría de problemas, pero de nada iban a servirme en la cárcel.

—¿Qué riesgo es el que correría usted? Si la policía tiene el archivo de Steiner, la cosa queda muerta. Usted queda al margen. Pero dudo mucho que el maldito buitre tuviera, estas cosas allí. Debía guardarlas en un escondite más seguro.

—No me entusiasma la cosa, Tuttle.

—¡Maldita sea! No le pido nada ilegal.

—Supongamos que encuentro esa foto…

—Supongámoslo —concedió.

—¿Quién me garantiza que usted me pagará diez mil dólares, y no diez trozos de plomo? Su gente tiene los dedos muy ligeros cuando se trata de darle al gatillo, y no se moleste en negarlo.

—¿Por qué tendría que correr un riesgo tan grande? Pagándole…

—Porque yo habría visto esa foto, y usted pudiera querer cerrarme la boca definitivamente.

—Tonterías. Usted está en una posición que el chantaje no le interesa. Estoy seguro de ello.

—Bien, quizá lo intente.

—Le enviaré la mitad mañana por la mañana. El resto, cuando encuentre esa maldita foto. ¿De acuerdo?

—Muy bien. Pero quiero dejar las cosas bien claras, Tuttle. Si la ley le echa el guante entretanto, por algo relacionado con este asunto, no espere que yo le proteja en ninguna forma. ¿Está claro?

—No necesito su protección en absoluto, Jansen.

Me levanté, intrigado en cierto modo. Muy apurado debía verse el gran jefe para recurrir a mí para un trabajo como ése. Pero diez mil dólares eran una montaña de dinero a tener muy en cuenta.

—Me pondré a trabajar cuando reciba su anticipo —dije—. Pero no espere milagros, Tuttle. Esta clase de asuntos son condenadamente difíciles.

—Le creo…

Me encaminé a la puerta. Los dos mastodontes estaban allí, cerrando el paso, pero se apartaron a una orden de su jefe.

Antes de salir, me volví y dije:

—A propósito, Tuttle; ¿quién cree usted que se lo cargó?

—Maldito si lo sé. Pero debe haber infinidad de tipos como yo mismo, y cualquiera de ellos puede haberse cansado de ser exprimido y manejado por Steiner. Si yo fuera la policía interrogaría a ese domador de opereta…

—¿Quién?

—Morland. ¿Le conoce usted?

—¿Hank Morland?

—¿Quién otro? El tipo tiene una especie de parque zoológico privado. Alquila animales para las películas que lo requieren, los domestica y adiestra, y una vez a la semana permite visitar sus instalaciones al público, mediante el pago de una entrada. Pero Steiner le manejaba como a un muñeco también. Me consta que últimamente, Morland tuvo una escena de gran guiñol con el productor.

Apenas le escuchaba. Hank Morland era el Tarzán del *smoking* rosado que había sacado a May de la fiesta.

Pensando en eso, me alejé de allí con algunas ideas nuevas en mi mente.

Y con la perspectiva de diez mil dólares que, con un poco de suerte pasarían a engrosar mi cuenta, cosa que estaba haciéndome mucha falta.

# CAPÍTULO VI

Llevaba un vestido blanco sumamente sencillo, carente de adornos y chucherías.

La miré complacido, mientras May atravesaba la estancia a mi encuentro.

—¿Cómo me veo, querido?

—Como un millón de dólares, pero me pregunto si no te habrás olvidado parte del vestido en alguna parte.

—Te aseguro que no —dijo ella riendo—. ¿Tomamos una copa antes de salir?

—Me parece muy bien.

Llegó junto a mí y me besó apasionadamente. Todo mi mundo se tambaleó, pero cuando se apartó volvió a asentarse firmemente en el suelo.

Ella misma preparó las bebidas, y mientras estaba de espaldas a mí dijo:

—Debió ser una cosa horrible encontrarte con Steiner, Rod…

—Bueno, no fue agradable.

—¿Se sabe algo respecto a quién lo mató?

—No sé… Me mantuve al margen desde el principio. No era asunto mío.

—Me alegro mucho —se volvió con los vasos en la mano—. No me agradaría saber que eras tú quien descubría al culpable. Steiner se tenía bien merecido lo que le pasó.

—Te aconsejo que si te interroga la policía guardes para ti estas opiniones, querida…

Sonrió de aquella manera que volvía locos a la mitad de los hombres del mundo. Y yo formaba parte de esta mitad.

—No creas que sea tan tonta —aseguró—. Si me interrogan seré

una auténtica plañidera.

Brindamos en silencio y luego salimos. Cuando ya estábamos en marcha dije:

—¿Tienes preferencia por algún lugar determinado?

—En absoluto.

—¿Mogambo?

—Por mí, cualquier lugar estará bien.

Ladeé la cabeza y admiré su perfil maravilloso. Estaba seria, casi triste.

—¿Qué ocurre, linda?

Volviéndose, me sonrió.

—Pensaba, ¿sabes?

—¿En qué?

—En una pequeña cabaña, en el lago Tahoe… en dos hombres muertos violentamente y en otro convertido en una fiera salvaje… herido y feroz… y terriblemente adorable.

—Ya veo…

—Anoche fue el aniversario, corazón.

—Sí.

—Nunca he sido tan feliz como aquella noche, a pesar del terror que pasé en manos de mis secuestradores. Pero luego, fue tan hermoso, cariño…

—Empezabas a ser famosa. El público te adoraba y pedía películas tuyas. Eran los primeros peldaños de la gloria.

—Estuve ciega.

—Tal vez no.

Recostó la cabeza en el respaldo del asiento y cerró los ojos.

—Me amaste aquella noche, Rod. ¿No es cierto?

—Profundamente.

—Y quisiste que lo abandonase todo por ti.

—Era pedir demasiado. Después lo comprendí, cuando triunfaste tan escandalosamente.

—¿Por qué los seres humanos somos tan ciegos a veces, cariño? Si pudiésemos conocer el futuro…

No respondí nada, porque nada había para responder. Manejé por Sunset Boulevard y luego busqué Cahuenga. Las cataratas de luz de los anuncios se desplomaban parpadeando sobre el pavimento y las brillantes carrocerías de los vehículos que se empujaban unos a

otros.

—Querido…

—¿Sí?

—Una vez dijiste que la ambición me cegó.

—Olvida lo que dije. Estaba lleno de despecho entonces.

—Pero tenías razón, después lo comprendí. El ansia de triunfo nos convierte en alimañas incapaces de razonar. Pisoteamos cualquier cosa buena por el dinero y la fama, y luego nos damos cuenta de que hay algo que estamos perdiendo irremisiblemente… ¿Cuántas muchachas se hunden en Hollywood cada año, sacrificadas a una quimera?

—¿Qué es lo que te pasa esta noche, May?

—No lo sé. Pero yo también fui una de esas chicas. Tuve un poco más de suerte que ellas, eso es todo. Pero se sacrifican tantas impunemente… engañadas, escarnecidas, burladas… destrozadas, Rod, ésa es la palabra. Hechas trizas por hombres como Steiner.

—Será mejor que lo olvides o acabarás siendo una vieja amargada y resentida, si es que tú te haces vieja alguna vez.

Se echó a reír, pero su risa no sonó muy alegre precisamente.

—Haz que lo olvide todo esta noche, cariño… Ojalá pudiera volver a sentirme como me sentí aquella noche, allí, en la cabaña.

Metí el coche entre los que estaban aparcados en la esquina. Luego, nos encaminamos al Mogambo por una acera llena de gente. A mí alrededor oía los comentarios de quienes reconocían a May y hasta cierto punto resultaba divertido.

—Nuestra presencia en la sala esta noche desencadenará una oleada de artículos que harán estremecerse a las solteronas —dije de pronto, rodeándole la cintura con mi brazo—. Casi puedo ver mentalmente los titulares en los que se pregone el nuevo idilio de la estrella… Lo que no le gustará a los solterones es que ese idilio sea conmigo y no con otro astro de tu misma magnitud, o con algún millonario holgazán y vicioso.

—No me importa en absoluto.

Desde luego, nuestra aparición causó cierta agitación entre los concurrentes. Algún que otro chispazo de los fotógrafos inevitables relampagueó en la semipenumbra, recordándome al maldito fisgón de la noche en los jardines.

Y de pronto le vi, y él me reconoció también, porque dio media

vuelta y se esfumó apresuradamente.

La expectación se prolongó durante los primeros quince minutos.

Después, dejaron de prestamos atención y pudimos cenar en paz, y luego trasladarnos a otra mesa, cerca de la orquesta, y bailar estrechamente abrazados y decimos mil tonterías que no conducían a ninguna parte, pero que en aquellos instantes sonaban endiabladamente bien en mis oídos.

Más tarde, estábamos sentados a la mesa, haciendo los honores a otra botella de champaña, cuando pregunté:

—¿Conoces bien a tu frustrado adorador de anoche, querida?

Hizo un mohín de disgusto.

—¿Morland? Es una babosa con carrocería de lujo y ribetes de sadismo.

—No le haces mucho favor, ¿eh?

—¿Por qué lo preguntas?

—Alguien me dijo que posee un zoológico particular.

—Es cierto. Tiene toda clase de fieras. Cuando no logra descargar los rayos de su genio, la emprende con los animales… y puede competir bien con ellos.

—Un angelito por lo que veo.

—No hablemos de cosas desagradables, querido. Estoy a punto de llegar a una decisión importante… la más importante de mi vida.

Comprendí a lo que se refería. En cierta forma, yo sentía la misma necesidad, pero opté por cerrar la boca por temor a estropearlo todo.

Y ella añadió:

—Muerto Steiner no hay nada que me ate a la industria del cine. Por primera vez desde hace muchos años me siento libre como un pájaro.

—¿Y…?

—Voy a arrojar la toalla.

—Es mejor que lo pienses con calma.

Sacudió la cabeza.

—Lo he pensado ya. Sólo necesito tu ayuda… si me sintiera sola otra vez creo que no sería capaz de llegar hasta el final.

—¿Estás segura de no lamentarlo?

—No estoy segura de nada excepto de una cosa…

Un camarero, materializándose al lado de la mesa, la interrumpió:

—¿Señor Jansen? Le llaman por teléfono.

—¿Quién? —Gruñí, molesto por la intromisión.

—No quiso dar su nombre, señor. Si prefiere ignorar la llamada puedo decir que no está usted aquí.

Me levanté, disculpándome con la muchacha, y seguí al camarero hasta el teléfono.

Al gruñir una interrogación una voz de hombre dijo:

—¿Es usted Jansen?

—Seguro.

—Necesito verle esta noche. Es urgente que hablemos.

—Esta noche es imposible. De todos modos dígame quién es usted y podremos citarnos para mañana.

—Tiene que ser esta noche, Jansen. Un asunto de vida o muerte, se lo aseguro.

—Le digo que esta noche estoy ocupado.

—Esperaré hasta que la haya dejado a ella en su casa, pero debe creerme cuando le digo que se trata de algo muy grave.

—Será grave para usted, no para mí. De cualquier modo, todavía sigo sin saber quién es usted.

—Mi nombre es Trent, pero eso no importa.

Me dio una dirección rápidamente y luego añadió:

—Lo que quiero decirle podrá colocarle a usted en una situación muy buena en los periódicos… será un buen triunfo profesional que obtendrá sólo con que me ayude.

—No le prometo nada esta noche, entiéndalo de una maldita vez.

—Estoy seguro que vendrá. No olvide mis señas.

Y colgó sin más.

Me intrigó la extraña llamada, pero May era más importante y regresé junto a ella.

Bailamos un poco más y luego ella dijo que quería irse, de modo que nos fuimos y la llevé a casa.

Cuando cerró la puerta suspiró y me rodeó el cuello con los brazos.

La besé. Sus labios maduros me dijeron que su decisión estaba tomada, y no necesitaron palabras para hacerlo.

Fue un principio apasionado, y que aparte del placer del momento entrañaba una gran promesa para el futuro.

# CAPÍTULO VII

El teniente demostraba un humor de perros, muy comprensible si se tiene en cuenta que el asesino le había estropeado su semana de libertad.

—No hemos adelantado un paso, Jansen —dijo—. El laboratorio está trabajando y prácticamente nos encontramos en los preliminares de la investigación. ¿A qué se debe su interés?

—Bueno, yo estaba allí, ¿recuerda?

—Los sarcasmos me sacan de quicio.

—Quiero decir que el asesino me estropeó un negocio de cinco mil dólares. Tengo cierto interés en verlo en el banquillo.

Casi dio un salto fuera de la silla.

—¿Cinco mil pavos? —bufó—. Así que Steiner iba a pagarle ese montón de dinero…

—Más mi cuenta por tarifa extra.

—¿Qué infiernos quería de usted para prometerle todo eso?

—No lo sé. Eso es lo que me irrita.

—Steiner era un mal bicho —monologó—. He obtenido la completa seguridad de que había cosas muy sucias en su vida y sus actividades. Debía encontrarse en un buen apuro, ¿eh, Jansen?

—Eso parece. ¿A qué se refiere al decir que las actividades de Steiner eran muy sucias?

—No lo sé exactamente, pero todo huele mal a su alrededor. No he podido obtener una sola opinión favorable a ese tipo.

Decidí arriesgarme un poco más.

—¿Chantaje acaso? —pregunté.

Me miró con las cejas fruncidas.

—¿De dónde saca esa idea?

—Es eso solamente, una idea.

—Steiner estaba forrado de dinero, su industria cinematográfica estaba produciéndole auténticas avalanchas de dinero. ¿Para qué mil diablos podía querer arriesgarse con peligroso chantaje a nadie?

—Bueno, era sólo una idea, pero si ustedes no han encontrado nada que lo indique es que mi idea es una estupidez.

Me miró con la sospecha reflejada en sus ojos claros y vivos.

—Hay algo en esta visita de usted que me intriga, Jansen… y ahora me sale con esas preguntas sobre chantaje… Creo que me ocuparé un poco de esta faceta del asunto.

Me levanté, sonriendo.

—Es usted demasiado suspicaz, Drum. Llámeme si me necesita para algo, o aunque sólo sea para decirme si hay algún progreso. Me gustará mucho ver al asesino en el lugar en que debe estar.

—Lo haré.

Me despedí antes que la suspicacia del policía le llevara a formular otras preguntas que no podría responder.

Bien, me encaminé a la dirección del misterioso comunicante de la noche anterior, el tipo llamado Trent. Sólo cuando ya estaba en camino advertí que debía pasar por Malibú y eso me hizo cambiar de rumbo para buscar el fotógrafo llamado Saulnier.

Era un estudio como hay muchos en esa zona, y el tal Saulnier resultó un hombre con más años de los que él habría querido.

Era de estatura mediana, extremadamente delgado y nervioso.

—¿Qué puedo hacer por usted? —me soltó de entrada—. Le advierto que si se trata de fotos de reportaje no…

—Ponga el freno, amigo. No quiero ninguna foto.

Gruñó por lo bajo.

—Las fotos son lo que me dan dinero. No hago otra cosa, de manera que abrevie.

Saqué la fotografía de Celeste Holm y la dejé sobre el mostrador.

—Usted la hizo —dije—. ¿Recuerda?

Frunció el ceño, se subió las gafas encima de la nariz y se inclinó mucho para, verla con detalle.

—Tiene unos efectos de luz perfectos —murmuró—. Si, seguro que la hice yo…, pero hace mucho tiempo.

—Mire el dorso. Hay unas cifras que deben corresponder a su archivo.

Miró, leyó, y levantó la pequeña cabeza hacia mí.

—¿Y qué? —Gruñó.

—Quiero encontrar a esa chica y la única pista que tengo es esta foto.

—Ya veo… Tal vez tenga una dirección, pero han pasado más de dos años según esos números.

—¿Tanto?

—Sí… como mínimo.

—¿Quiere mirarlo, por favor?

Se fue a la trastienda refunfuñando. Cuando volvió lo hizo trayendo una pequeña ficha amarilla.

—Aquí está… encargó cinco copias y dejó unas señas para que le fueran enviadas. Y en cuanto al tiempo, me quedé corto. Son tres años los que han pasado desde entonces.

—Puede haber cambiado de domicilio un millón de veces —dije entre dientes.

No obstante, anotó las señas, dejé un billete de cinco dólares junto a la ficha y guardando la foto me largué.

Por el camino hacia mi extraña cita estuve pensando en aquella muchacha que me subyugaba. Tres años atrás era una especie de ángel de ojos candorosos y belleza pura y atractiva. ¿Por qué una muchacha como ésa dedicaba una foto a un cerdo como Steiner dándole las gracias?

¿Gracias por qué?

No saqué nada en claro, únicamente mi impresión se afianzó. Había en aquellos ojos, o en el conjunto de los rasgos faciales, algo familiar, una aureola que me inquietaba de un modo extraño que no podía explicarme.

Dejé de preocuparme por ella cuando llegué a la dirección que buscaba. Era un edificio de apartamentos como tantos otros de la zona, con la misma fachada más o menos lujosa, la misma simetría triste de las ventanas y un sombrío vestíbulo.

Lo único que lo diferenciaba de los demás eran los policías acampados ante su entrada.

Pasé de largo, intrigado. Había una pequeña cafetería un poco más abajo, entré y pedí un café negro.

Luego pregunté al mozo.

—¿Qué pasa ahí arriba? He visto policías estacionados ante una entrada.

El tipo asintió.

—Me gustaría saber qué hacen allí ahora —dijo—. Ya se llevaron el fiambre hace horas.

—¿Un cadáver?

—Seguro. Le metieron un cuchillo entre las costillas después de sacudirle duro… Una salvajada, si vale mi opinión.

Tuve un extraño presentimiento.

—Debió ser algo terrible —comenté—. ¿Se sabe quién era el muerto?

—Por supuesto; venía aquí casi cada mañana a tomarse un desayuno… Un tal Trent. Era fotógrafo de revistas.

Casi salté fuera del taburete.

—¿Fotógrafo?

—Creo que trabajaba para Wisp, esa revista de chismes.

—Ya veo… Pobre tipo.

Engullí el café y me largué. En alguna parte de mi mente, una vocecilla estaba reprochándome una y otra vez por no haber acudido a la llamada del desgraciado. Tal vez de haberlo hecho ahora estaría vivo…

Me consolé pensando que si él había advertido que estaba en peligro, bien pudo ser más explícito cuando me llamó.

De pronto, como un chispazo, se me ocurrió otra cosa que hizo que me detuviera en seco en mitad de la acera, absorto.

Recordé al fotógrafo que nos sorprendió a May y a mí en los jardines, y que luego se escabulló del Mogambo. Casi estuve seguro de que era el desgraciado Trent, que por alguna razón había querido entrar en contacto conmigo.

Conduje rápido hacia el centro, y ya no me detuve hasta la Redacción de aquella indiscreta revista.

Cuando salí, tenía la certidumbre de que el muerto era quien yo había imaginado.

Y al adquirir esta seguridad tuve también la certeza de que el mismo asesino había descargado otro golpe. Pensé en el fotógrafo, escondido entre la vegetación del jardín tratando de sorprender una escena indiscreta entre alguna estrella famosa y su galán de turno… escondido también allí cuando alguien disparó contra Steiner aquella noche.

Quizá el fotógrafo había visto al entonces frustrado asesino…

Tal vez había intentado exprimirlo, pero de cualquier modo el criminal había decidido librarse del hombre que podía representar para él la cámara de gas.

Volví a mi oficina. En la salita de espera había un hombre esperándome.

O quizá fuese mejor decir que quien me esperaba era una montaña de carne que yo conocía muy bien.

El secuaz de Tuttle se levantó al verme.

—Estoy aquí desde hace una hora, Jansen —se quejó.

—Podría haber estado en sitios peores. Venga, entre.

Le llevé a mi despacho. Cuando se sentó en la butaca pensé que ésta iba a hundirse, pero aguantó firme el impacto de aquella mole.

—El señor Tuttle está muy impaciente, Jansen —mugid—, dice que le llame por teléfono.

—¿Trajo usted el dinero?

Sacó unos fajos de billetes del bolsillo y los dejó sobre la mesa.

—Cuéntelos, Jansen.

—¿Para qué?

—Ahora, llame al jefe.

—¿Adónde?

Me dio un número, y poco después estaba al habla con Tuttle.

—¿Tiene usted el dinero? —Gruñó de entrada.

—Sí.

—Entonces, muévase, fisgón, y no trate de enredarme con alguno de sus trucos.

—Yo no trabajo de ese modo, Tuttle.

—Sea como sea que trabaja usted, hágalo. ¿Tiene alguna idea?

—Montones de ellas, pero ninguna buena.

—Pues sí que… Está bien, haga algo y pronto.

—De momento ya sé que la policía no encontró nada que oliera ni remotamente a chantaje en la casa de Steiner.

—Eso nos da un respiro. Aprovéchelo.

—Está bien. ¿Algo más?

—Es todo.

Colgó y el gorila se fue casi al mismo tiempo. Guardé el dinero en mi caja fuerte, bastante satisfecho de mí mismo.

Ahora ya sabía que el asesino que andaba suelto no se detenía ante un crimen más o menos. Sólo podía condenarlo a muerte una

vez, así que era preciso adoptar algunas precauciones. Desenterré mi «38», comprobé los cartuchos y me encaminé a la puerta.

Yo tenía algunas ventajas sobre la policía, ventajas derivadas de mi anterior contacto con Steiner. De modo que era preciso sacarles jugo a tiempo, porque de ellas, quizá, podían depender nada más y nada menos que diez mil dólares.

Me detuve por el camino para comprar el periódico.

Había una noticia que me interesó. El testamento de Steiner dejaba heredera universal de todos sus bienes a cierta mujer desconocida, cuyo nombre era Celeste Holm.

Quedé helado, porque el propio Steiner me había dicho en la fiesta que, posiblemente, Celeste Holm pudo ser quien disparase el tiro contra él, en los jardines…

Y dejaba heredera universal a la chica.

O Steiner estaba loco, o aquella hermosa damita era alguien mucho más importante de lo que creía en un principio.

Así que decidí averiguarlo y una vez más cambié de rumbo.

# CAPÍTULO VIII

Me abrió la puerta una rubia alta, con peinado un tanto complicado, y me miró sospechosamente.

—Si vende usted algo, no quiero comprar nada. Y si no vende nada no necesito visitantes a estas horas. Así que…

—Más despacio, hermana. Quiero hablar con usted.

—¿De qué?

Vestía una fantasía de peinador en color azul cielo salpicado de ramalazos dorados.

La miré dos veces y luego busqué la voz en alguna parte.

—Estoy tratando de localizar a una chica llamada Celeste… Celeste Holm. Alguien me dio esta dirección.

Creí que se caía de espaldas.

—¿Es una broma? —musitó con voz débil.

—¿Broma? Diablos, estoy recorriendo media ciudad sólo por eso.

—Pase.

Entré y ella cerró la puerta. Caminó delante de mí con un maravilloso movimiento de caderas bajo la seda. Entonces caí en la cuenta que desde cualquier ángulo que se la mirase en todos había materia suficiente para sufrir un síncope.

Me llevó a una salita recargada de muebles no demasiado nuevos. Había revistas de todos los tipos esparcidas por todas partes, pero apartó un montón para que pudiera sentarme ante ella.

—Repita eso ahora —dijo.

—¿Qué tiene de raro? Sólo quiero encontrar a esa muchacha, eso es todo.

—Vaya, y no es poco.

—¿Por qué, ya no vive aquí?

Sacudió la cabeza de un lado a otro. Estaba pálida y me pareció que insegura.

Di otro vistazo a sus largas y magníficas piernas, que el peinador dejaba al descubierto en su mayor parte. Ella inició un intento para cubrirse mejor, pero luego desistió ante la inutilidad de sus esfuerzos.

—Está bien —dije, comenzando a ponerme nervioso—. Tal vez usted pueda indicarme dónde está ahora.

Asintió con un leve gesto. Suspiré, aliviado y satisfecho.

Pero dijo:

—Primero quiero saber para qué la busca…

Pensé que era preciso disipar sus recelos. Desdoblé el periódico y se lo mostré.

—Acaba de heredar, eso es todo. Un buen puñado de billetes que le pertenecen…

Sus ojos se desorbitaron al leer el titular. Creí que iba a ponerse a gritar a juzgar por su actitud, pero toda la voz que encontró apenas fue suficiente para musitar:

—¡Dios, no es posible…!

—¿Por qué no?

Levantó la cabeza y clavó sus ojos experimentados en mi cara como dos dardos.

—Celeste murió hace más de dos años —dijo, muy despacio.

—¿Qué?

Asintió con un gesto.

Con aquello no había contado.

Hubo unos instantes de silencio absoluto, como si sobre nosotros dos flotase la presencia invisible de un fantasma.

Luego, ella murmuró:

—Yo fui la única persona que asistí a su entierro… aparte del pastor.

—Es asombroso… Al cabo de dos años, alguien le lega una fortuna… y ella está muerta.

—Steiner —dijo, casi rechinando los dientes—. Ese cerdo tardó demasiado en sentir remordimientos de conciencia.

—No comprendo…

—Él fue la causa de su muerte, amigo. Es así de sencillo.

—¿Él?

Asintió. No cabía duda que estaba emocionada. Comprendí que debía haber apreciado mucho a la muchacha muerta.

—Cuéntame la historia, ¿quiere? —pedí—. Le aseguro que es importante para mí conocerla.

—No es agradable… en absoluto. Celeste vino aquí siendo casi una niña… una chiquilla llena de pájaros en la cabeza y el corazón rebosando de ilusiones. Iba a conquistar Hollywood, ¿entiende? Como ella, llegan a millares al cabo del año, sólo que la mayoría han dejado atrás el candor y la fe en sus semejantes. Ella no.

Evoqué la limpia mirada de los ojos que desde la fotografía parecían reír y comprendí lo que quería decir.

—Nos conocimos en la sala de espera de un agente… intimamos, y la traje conmigo para compartir este apartamento. Intenté abrirle los ojos, hacerle comprender que no se podía intentar el asalto de Hollywood con su limpio corazón y su fe inaudita en un lugar como éste. Nunca me creyó…

—¿Y…?

—Un día vino loca de alegría. Iban a realizar una prueba con ella para un buen papel en un film de época. Aquella noche no pegó un ojo. Al día siguiente se hizo la prueba. Resultó, según le dijeron.

—Creo que veo adónde va a parar.

—Sí… Fue citada un par de días más tarde para entrevistarse con el productor. Le pidieron fotos, datos, toda la comedia desde el prólogo hasta el fin… ¡Maldita sea! Ni eso logró abrirle los ojos. Fue preciso que las cosas llegaran hasta el mismísimo final para que se diera cuenta del mundo de basura en que se había metido.

—¿Y entonces…?

—Creí que se moría. Luego, todo cambió otra vez. No se había perdido nada porque sería estrella, y además, él iba a casarse con ella. Era así de sencillo.

—¿Steiner?

—¿Quién otro pudo ser tan ruin y miserable sino él?

—La engatusó, naturalmente.

—Bien, creo que todo fue bastante más complicado. Fue dando largas al asunto… había dificultades con la producción de la película… había que esperar. Y en cuanto a casarse, hasta que el film estuviera en marcha no había ni que pensar en ello, ¿entiende? Steiner estaba terriblemente ocupado. Y un día, Celeste llegó y me

dijo que iba a tener un hijo.

—Pobre muchacha…

—¿Pobre? Usted no comprende cómo era esa chica… Estaba ilusionada, loca de alegría. Cuando se casara el hijo crecería en un mundo ideal y…

Su voz se quebró y unas lágrimas estallaron en sus grandes ojos oscuros.

Esperé pacientemente. Ella se levantó y fue a servirse una buena dosis de *whisky*. Luego, recordó que yo estaba allí y sin preguntarme nada me trajo un vaso lleno hasta el borde.

—Gracias. Lamento haber despertado en usted esos recuerdos.

—No los ha despertado. Jamás olvidé, ¿comprende? Si en lugar de ser… bueno, una cualquiera, para decirlo de algún modo, hubiese tenido poder, habría destruido a Steiner con mis propias manos.

—¿Qué pasó con la muchacha?

—El le dio el mazazo final, pocos días después. Insistió en que se casarían… pero nada de hijos por delante. Él lo arregló todo… y ella huyó.

—¿Y el hijo?

—Nació prematuramente. No vivió. En cierto modo, Steiner se salió con la suya. Se libró del hijo a pesar de que ella hizo cuanto pudo para tenerlo. Celeste enfermó poco después. La ayudé a ingresar en una clínica, pero había perdido las ganas de vivir, las ilusiones… era una pálida sombra de lo que había sido. Allí fue donde murió, meses más tarde.

—De modo que Steiner nunca lo supo.

—No… Pero vino aquí, cuando ella aún vivía. Quería encontrarla porque, me dijo, estaba enamorado de ella. ¡Enamorado, y había planeado librarse de aquel hijo que ella ansiaba…!

—Usted no le reveló la verdad, por supuesto.

—Le dije que ella se había marchado sin dejar su nueva dirección. Ya no volví a verle nunca más.

—Sin embargo, ahora podemos colegir que realmente, a su modo material y egoísta, él la quería… La buscó personalmente, y la nombró su heredera. Y cuando le mataron acababa de encargarme a mí que la encontrara aunque se escondiera en el

fondo de la tierra. Ésas fueron sus palabras.

—¿A usted le encargó…?

—Me llamo Jansen. Soy investigador privado.

—¡Rod Jansen! He leído muchas cosas sobre usted, realmente…

—No todo lo que cuentan los periódicos es cierto. Ahora, y abusando un poco más de su amabilidad… ¿Sabe si Celeste tenía familia en alguna parte? De ser así, creo que la herencia de Steiner podría llegar a sus manos si nadie impugna el testamento.

—Creo que había alguien, en Vermont, pero no estoy muy segura. Un hermano, o hermana, no lo sé.

Apuré el *whisky* barato y dejé el vaso sobre una mesita.

—Me ha ayudado usted mucho —dije—, aunque sólo ahorrándome infinitas indagaciones.

Me levanté. Ella se aproximó con sus ojos brillando de modo extraño.

—¿Sabe? Me alegré cuando leí que alguien había matado a Steiner ¡Le juro que me alegré!

Entre sollozos musitó:

—Esta ciudad es despiadada, señor Jansen… cruel hasta la ignominia. Nos enseña a vivir como en la selva, bajo la ley del más fuerte, del que tiene menos escrúpulos… nos destruye y llega a convertimos en pedazos de carne que se venden a un precio fijo… Pero no nos arranca el corazón. ¿Entiende usted?

—Sí, creo que sí.

No encontré nada más que decir. Balbuceé una despedida y salí del apartamento con una idea nueva respecto a lo que fuera en vida el gran Steiner.

* * *

Detuve el auto junto al pequeño lago. Un paisaje plácido y suave se extendía montes arriba, y al otro lado del lago, cubierto todo ello de pinos centenarios.

Entre el verde oscuro de la vegetación destacaban las cabañas esparcidas estratégicamente para que no se molestasen unas a otras.

La que perteneciera a Steiner era quizás un poco más grande que las demás, pero no mucho. Forcé la cerradura sin muchas dificultades y entré.

En las paredes había cañas de pescar, trofeos de caza y una estantería conteniendo libros. Todo el mobiliario era rústico y cómodo.

Aquél era el refugio de Steiner cuando quería descansar en paz, o cuando estudiaba uno de sus grandes negocios o examinaba con lupa el guión de una película de gran presupuesto.

Registré la cabaña de arriba abajo y no encontré nada.

Estaba pensando que me había equivocado en mis cálculos, cuando caí en la cuenta que el suelo era de tablas, así que dediqué mis esfuerzos a ellas.

Lo encontró quince minutos más tarde.

Era sólo una caja plana de cincuenta cigarrillos rebosante de fotografías, clixés y finos papeles con datos, fechas y nombres escritos de puño y letra por Steiner.

Me senté al lado de la mesa y examiné detenida y cuidadosamente mi botín. Naturalmente, encontré la fotografía de Tuttle y no me costó comprender por qué estaba tan ansioso por recobrarla.

El hombre que aparecía junto a él era Lucky Pelosi, un gran jefe de la Mafia, juzgado, condenado y deportado. Tuttle había declarado bajo juramento que no conocía siquiera a Pelosi y que jamás le había visto en su vida.

Aquella fotografía podía proporcionarle incontables dolores de cabeza, investigaciones federales y, con machísima suerte, una condena por perjurio. Y mientras estuviese en la cárcel no podría vigilar sus muchos negocios, y los agentes federales aprovecharían para tejer a su alrededor vina dura red que estaría esperándole cuando saliera de la cárcel.

Una a una examiné cada prueba, cada papel y cada foto.

Cuando terminé, aparte de la que había ido a buscar, separé otra y al resto le pegué fuego en la chimenea, esparciendo después las cenizas.

# CAPÍTULO IX

Atardecía cuando detuve el coche ante la verja enclavada entre rocas, en lo que parecía el final del mal camino. Una gruesa cadena aseguraba los dos batientes de hierro, y un cartel, a un lado, pregonaba que el día de visita al zoológico era el sábado todo el día y el domingo por la mañana.

En letras grandes, se advertía que la dirección del parque declinaba toda responsabilidad por los accidentes, en el caso de intrusos que se aventurasen a entrar en los demás días sin previa autorización.

Enterado de estos pormenores, le di al claxon hasta que, una eternidad más tarde, apareció un individuo que parecía arrancado de un safari africano y plantado allí con parte de su equipo.

Vestía pantalón corto, blanco, botas de media caña y camisa inmaculadamente blanca. Un pesado cinto rebosante de balas de gran calibre rodeaba su cintura y por la funda asomaba la curva culata de un revólver del «45».

Sobre su gran cabeza se sostenía un sombrero de alas pequeñas adornado con una tira de piel de leopardo.

Todo un ejemplar.

—¿No leyó usted el letrero, amigo? —me espetó por todo saludo.

—Dos veces para estar seguro. Pero eso no reza conmigo.

—¿Por qué?

—No vengo a admirar sus ejemplares selváticos, sino a ver al propietario. Quiero hablar con Morland.

Titubeó un poco, mirando el reloj y rascándose la nuca. Después de todos esos ejercicios, gruñó:

—Por mi parte, adelante, pero yo termino mi turno dentro de

quince minutos. Y cuando me marcho cierro la reja… Si el patrón no quiere acompañarle después, mejor será que tenga usted el coche fuera.

—Ya veo.

Lo dejé a un lado y entré. El volvió a cerrar y echamos a andar por el paseo en suave declive.

Señalé su impresionante cinto.

—Realmente, ¿es necesario? —indagué.

Se encogió de hombros.

—Bueno, le diré que nunca lo he utilizado. Los animales son pacíficos en su mayoría, bien adiestrados para que puedan emplearse en las películas. Sólo hay unos pocos realmente peligrosos… Pero una vez se escapó una pantera y mató al celador.

—Comprendo. Hombre prevenido vale por dos.

—Ajá. Además, impresiona a los visitantes, ¿sabe?

—Seguro.

A medida que descendíamos la pendiente empezaban a oírse extraños ruidos aquí y allá, mientras un olor acre asaltaba el olfato.

De pronto aparecieron las primeras jaulas de enorme tamaño. La luz se extinguía por momentos, pero quedaba la suficiente para ver los inquietantes inquilinos de aquellas cárceles de hierro.

—Ésos son nuevos —se explicó mi guía—. Por lo tanto, peligrosos… Mire allí.

Seguí la dirección que me indicaba. Había un foso ancho lleno de agua, y tras él un trozo de paisaje rocoso evidentemente artificial. Pero lo que no era artificial era la colonia de tigres de bengala que se paseaban lentamente de un lado a otro. Había algunos tendidos perezosamente. Me detuve, aproximándome al borde del foso.

Uno de los tigres se creyó obligado a representar su papel y soltó un rugido que retumbó como un trueno. Tras esto, volvió a ignorarnos.

—Buena voz —comenté entre dientes.

—Son buenos chicos…

Seguimos adelante. El rugido parecía haber despertado los instintos selváticos y sanguinarios de la mayoría de inquilinos del parque y un ronco concierto se elevó surgiendo de mil fauces erizadas de colmillos.

Dimos vuelta a una plazoleta. Más allá había otras jaulas de recios barrotes.

—Ahí tiene. Siento escalofríos cada vez que los miro…

Vi una pareja de leones. Vistos de tan cerca, el macho se me antojó del tamaño de un caballo de silla. Estaba cerca de las barras de hierro. En la penumbra creciente, sus ojos fosforescentes me examinaban como preguntándose si yo sería un animal muy correoso al que hincar el diente.

Más allá había dos panteras de sinuosos movimientos, y más leones.

Mi guía dijo de pronto:

—Éste es nuestra estrella. ¿Qué le parece?

Me volví y casi di un salto atrás.

En una de las jaulas de aquel lado había un tigre gigantesco, como yo no había visto otro jamás. Tenía un cuerpo macizo y poderoso, todo músculo. Su enorme cabezota producía espanto, adornada con dos ojos de fuego que nos miraban fijo.

—Hasta ahora ni siquiera el jefe se atrevió a intentar la aproximación. Es una bestia con intenciones criminales. No creo que pueda ser nunca domesticado.

—Desde luego, es magnífico.

—Demasiado. Y él sabe el poder que tiene. G mucho me equivoco o resultará un tigre asesino… Habrá que cederlo a un parque público.

De pronto, el tigre dio un tremendo salto y se arrojó contra los barrotes. Toda la jaula se estremeció como si fuera de simples alambres.

Rugió de mala manera, revolcándose hasta que estuvo de pie otra vez. Entonces alargó la zarpa por entre los barrotes tratando de alcanzarnos con furiosos zarpazos. Sentí un violento escalofrío y casi empujé al guardián para alejarnos de allí.

De pronto, sobre un promontorio, apareció la casa. Era un *bungalow* de gran tamaño, construido con piedra y madera, lujoso y en cuyo porche brillaban ya las luces.

Mi acompañante señaló hacia arriba.

—Lo encontrará ahí, amigo. Que se diviertan.

Hank Morland estaba tendido en una silla extensible, fumando tranquilamente. A su lado, sobre una mesita muy baja, vi un vaso

de licor vacío.

Ladeó la cabeza cuando me oyó llegar, arrugó el ceño, perplejo, y luego se incorporó sobre un codo.

—¿Quién diablos es usted? —Gruñó—. No debieron dejarle pasar, y menos a estas horas.

—Yo insistí. Necesito hablar con usted, Morland. ¿No me recuerda?

—Pues no…

—La otra noche, cuando usted sacó a May a bailar.

—Oh, sí… ahora recuerdo. Bueno, ¿qué quiere?

—Ya se lo dije. Hablar.

—Está bien, siéntese por ahí… y hable todo lo que quiera.

Me senté en el último escalón del porche. Hasta allí llegaban los rugidos de las fieras como un salvaje concierto mortal.

—Supongo que sabe que Steiner murió.

—Leo los periódicos —dijo.

—Ya, claro… Fue un alivio para usted la muerte del rey sin corona…

—Si quiere ganarse un buen puñetazo en la nariz, siga por ese camino.

—Morland, no gallee conmigo. No tiene objeto.

Comenzó a interesarse por mí. Se interesó hasta el extremo de abandonar su cómoda postura y quedar sentado, mirándome fijamente. Sus ojos, no sé muy bien por qué, me recordaron los del tigre.

—¿Qué infierno quiere decir con eso?

—Sé que Steiner le tenía en un puño.

—El puño va a encontrárselo usted en el hocico.

—Para que no haya malentendidos entre usted y yo, Morland, le diré que yo encontré el archivo secreto de Steiner. ¿Qué dice ahora?

—Siga hablando usted. Yo no sé una palabra de ningún archivo.

—Lo he examinado, ¿comprende? Había pruebas contra varias personas de diferente condición. Steiner era un diablo muy inteligente para saber de quién podría necesitar en un momento determinado. Bueno, realmente, todo lo que vi no tenía excesiva importancia excepto dos cosas… dos pruebas, una contra cierto gangsters de altura y otra contra usted.

—Bueno, bueno, ahora enseñó la oreja. Usted piensa que ha

heredado el archivo de Steiner, ¿eh?

—Seguro que lo heredé.

—Y se propone exprimimos a los que tenemos algo concreto en ésa colección.

—Ahí es donde se equivoca.

Poco a poco la oscuridad cayó y los rugidos, allá abajo, se apaciguaron. Por un instante, pensé cómo reaccionaría Morland. Luego, él dijo:

—Es usted tan sucio como Steiner, pero menos inteligente… ¿Cuánto piensa pedir por primera vez?

Había una leve nota de sarcasmo en su voz.

—Yo no quiero dinero, Morland.

—¡Entonces!, ¿qué?

—Verá… de esos dos individuos cuyas pruebas acusadoras eran realmente graves, uno estoy seguro que no mató a Steiner. Sin embargo, el otro tenía motivo suficiente para eliminarlo… Ese otro pudo ser usted.

—Y pudieron ser cien individuos más —rezongó—. Usted está loco, sea quien sea, y creo que voy a echarle de aquí a puntapiés.

—Yo en su lugar no lo haría. ¿No comprende todavía que si manejo esas pruebas contra usted lo perderá todo? Le encerrarán sin la menor duda, y luego, además será acusado de matar al tipo que le tenía bien sujeto.

—¡Le digo que no le maté! ¿Cómo infiernos puedo hacérselo comprender?

—Con una coartada a prueba de bomba, naturalmente. Pero incluso así subsistirá lo de las pruebas que él tenía.

—Y que ahora posee usted.

—Ajá.

—Muy bien, ya soporté bastante. Quiero esos papeles antes que la cosa vuelva a empezar… siempre que sea un precio razonable.

—¿Y si no?

—Le haré trizas.

Lo dijo sencillamente, sin alterarse demasiado.

—A Steiner le acabó con una bala.

—Le repito una vez más que no toqué a ese bastardo. Ni siquiera cuando lo dispuso todo para apropiarse de este parque… ahora que rinde un beneficio saneado y seguro. Pero esto se acabó.

—Al contrario; esto empieza ahora. Mi nombre es Jansen y soy investigador privado, y aunque este trabajo estoy realizándolo al margen de lo que realmente me importa, lo terminaré a satisfacción.

—Ya veo.

—¿Y bien?

—No lo maté, pero no me tiente demasiado usted.

—El riesgo que corro no es tan grande como cree. Usted despachó a Steiner. Antes ya lo había intentado descerrajándole un tiro en el jardín durante la fiesta, pero falló…

Se puso rígido de pronto.

—Siga, hombre, siga…

—¿Por qué no? Allí fue visto por un fotógrafo que andaba a la caza de escándalo, y supongo que él intentó chantajearle también y hubo de morir. El fotógrafo se llamaba Trent.

Estuvo mirándome mucho en silencio, como tratando de decidirse por una cosa o por otra.

—No le comprendo a usted —dijo de pronto—. Suponiendo que fuera verdad que yo maté a ese fotógrafo… usted no viviría para ver el amanecer de mañana.

—¡Oh, no, amigo! Usted olvida que yo no pienso utilizar esas pruebas para sacar un beneficio. No las necesito. Por lo tanto, si intenta sólo levantarme la mano irán directamente a la policía. Son mi seguro de vida.

—Nunca he creído en los seguros vitalicios, Jansen.

Su voz se había afilado notablemente.

—No es que Steiner merezca mucha justicia —dije—. Era un individuo con menos escrúpulos que usted todavía, Pero de cualquier modo, al matarlo me estropeó un buen negocio. Y luego está lo del fotógrafo…

—Y usted quiere que yo confiese, ¿eh?

—Ciertamente.

—¿Y de qué le servirá que confiese que maté al fotógrafo porque me pidió cien mil dólares? Lo que yo le dijera a usted y lo que diría ante un tribunal son dos cosas muy distintas. De ningún modo podría probar nada.

—De momento, sólo quería estar seguro.

—Bueno, creo que ya lo está. ¿Y ahora qué?

El tipo tenía valor sin duda alguna. Y una enorme seguridad en sí mismo. Me levanté.

—Ahora sé que no me equivoqué, Morland.

—Albricias. Eso va a servirle de mucho.

—Apuesto que sí.

—¿Cómo piensa detenerme?

—No voy a hacerlo. Yo me iré tranquilamente y usted se quedará aquí rumiando sus problemas. Pero mañana por la mañana irá personalmente a la policía y se entregará. Si no lo hace, los polizontes le caerán encima como una tonelada de ladrillos.

—Lo harán si usted les entrega esa maldita prueba que esgrimía Steiner cuando le convenía. Pero estoy seguro que usted no lo hará.

—¿Por qué?

—Porque conozco a los de su tipo. Son capaces de cualquier cosa por un puñado de billetes. Usted intentará exprimirme…

—¿Por cien mil dólares, como Trent?

—Usted es más inteligente. Colocar a un hombre entre la espada y la pared es siempre peligroso. No tengo cien mil dólares. Ni mucho menos.

—Nos veremos por la mañana, Morland, en el despacho del teniente Drum.

Me alejé escaleras abajo. Ciertamente, todavía no estaba muy seguro de cómo reaccionaría, pero él no podía arriesgarse porque no ignoraba que yo era muy distinto de Trent y de Steiner.

No obstante, antes de la mañana, Morland tenía que hacer algo.

Estaba a la mitad del descenso cuando él me llamó desde arriba.

—¡Jansen, aguarde!

Seguí adelante, quizás un poco más deprisa.

Pero ya no volvió a llamarme y conseguí llegar abajo sin más impedimento.

Allí, el hedor animal era más fuerte que nunca, quizás debido a la quietud del aire y la atmósfera nocturnos. Era un olor agrio, que parecía surgir tanto de los animales como de su ferocidad reprimida.

Mis ojos se habían acostumbrado a la oscuridad. Podía distinguir las masas oscuras de las jaulas.

Oía vagos movimientos aquí y allá, sonidos suaves, de piel frotándose en alguna parte.

De pronto, un sordo rugido brotó muy cerca, tanto que di un salto de costado. El rugido se repitió, más ronco y duro que nunca. Caía en la cuenta de que se trataba del tigre asesino, según lo había definido el guardián.

Era una gran cosa que estuviera dentro de la jaula.

Pero incluso con este alentador pensamiento, apresuré el paso en busca de la carretera que me llevaría a la verja de salida donde me esperaba el coche.

El tigre debió pensar que escandalizando no llegaría a ninguna parte y calló. Fue como si toda la noche hubiera callado con él, porque se hizo un silencio completo.

Y justo en aquel instante, el sonoro rugido se repitió, más excitado si cabe. Otros animales le hicieron coro de modo creciente.

Y en medio del concierto me pareció escuchar un ruido más que no tenía nada de animal. Era semejante al roce del hierro contra hierro.

Los bramidos de los desvelados animales cesaron uno tras otros. Pero yo seguía oyendo en mi mente el seco chasquido del hierro, y para cuando la comprensión entró en mi entumecido cerebro habían pasado ya unos minutos.

Unos preciosos minutos.

Me llamé estúpido en siete idiomas distintos y echó a correr, porque no me cupo ninguna duda de que Morland había descorrido el cerrojo de una de las jaulas, seguramente la del tigre de Bengala.

¡El tigre!

Me detuve en seco, escuchando con todos mis sentidos puestos en el silencio que me rodeaba.

Fue gracias a ese silencio que capté otro rumor; era un sonido acolchado, como de zarpas avanzando suavemente por el camino mal pavimentado.

El pánico me empujó a correr desesperadamente, pero maldito si sabía a la velocidad que podía correr un tigre como aquel gigante, y si yo me precipitaba mis propios pasos delatarían mi situación.

Así que saqué mi «38» y avancé despacio, pisando con cuidado, lamentando no disponer de un rifle «Marlin 398» con el cual despanzurrar al tigre.

No pude oír ningún sonido, acolchado o no. Apresuré un poco el paso. Luego, un sordo y profundo ronquido tronó en alguna parte, a

mi derecha, seguido del suave roce de sus pezuñas acolchadas.

Me detuve en seco, escuchando, el dedo tenso sobre el gatillo, lleno de incertidumbre y pavor.

El ruido cesó otra vez. Me juré a mí mismo matar a Morland personalmente si salía con vida de semejante encerrona.

Avancé nuevamente, escuchando, tenso como un cable. En alguna parte lejana, otro animal lanzó su disgusto por medio de una sucesión de rugidos inquietos.

Ninguno le hizo coro, como si todos supieran que estaba a punto de consumarse un sangriento drama y no quisieron perderse ni el más leve detalle.

Por aquellos instantes, calculé que el tigre, si era realmente él quien seguía mis pasos, se había quedado bastante atrás, quizás intentando descubrir nuevamente mi rastro.

Lo aproveché para correr otra vez. Estaba llegando a la última curva antes de la rampa que llevaba directamente a la verja.

Entonces doblé el recodo… y me detuve en seco.

Delante de mí, como a unos veinte pies, porque a oscuras era muy difícil calcular la distancia, había dos globos amarillos fijos a cierta altura del suelo.

La altura justa que tendrían los ojos del gigantesco felino.

El espanto me paralizó.

Y los ojos fosforescentes y amarillos se movieron en mi busca, sin apresurarse, porque el maldito bicho estaba seguro de su presa…

Retrocedí apresuradamente y doblé otra vez el recodo. El también lo hizo, y ahora estaba más cerca.

Detuve mis pasos junto a unas rocas y levanté el revólver.

El estampido, en el silencio de la noche, retumbó como un trueno en mitad de una tormenta. Cuando volví a mirar, los ojos habían desaparecido.

¿Estaría volviéndome loco?

No supe si avanzar o retroceder. Tampoco tenía idea del paradero de aquel gigante listado. Probé a adelantar unos pasos. Entonces, el gruñido indignado del animal me llegó desde mi izquierda y acto seguido apareció, ahora más cerca que nunca.

Me convertí en estatua y él hizo lo mismo.

Levanté el revólver poco a poco, intentando acertarle en la

oscuridad absoluta que nos rodeaba.

Bueno, tiré del gatillo y el nuevo estrépito arrancó una sucesión de sordos ronquidos allí donde estaba la fiera.

No supe si le había dado o no, el caso es que ahora resueltamente, adelanté por el camino.

Y una vez más el pánico me paralizó.

Creí escuchar un roce frenético frente a mí, allá donde debía estar el tigre según mis cálculos.

Pero estaba equivocado y pronto lo supe.

El animal apareció tan cerca que casi hubiera podido tocarle con la mano.

En lugar de eso di un brinco hacia atrás instintivamente. El lanzó un desgarrado rugido de furia y saltó. Lo hizo con una agilidad soberbia el maldito, como si volara. Instintivamente, me zambullí hacia delante y a un costado. Rodé sobre el cemento y él pasó por encima de mí, yendo a parar mucho más lejos.

—¡Morland…! —aullé en la noche.

No obtuve respuesta y lo dejé correr.

No obstante, cuando el maldito bicho atacó otra vez le disparé dos veces.

En esta ocasión le di; aunque no podía matarlo con el revólver demasiado pequeño. Al sentirse herido emitió todo un concierto de rabiosos rugidos y se agazapó, pronto a saltar.

Grité otra vez, pero también inútilmente.

Mi voz se extinguió cuando él voló por el aire en mi busca.

Una vez más pude esquivarle y eso no le gustó. Apunté cuidadosamente, pero no llegué a disparar porque oí pasos quedos no muy lejos.

Estupefacto, no pude creer que nadie viniera en mi ayuda, pero retrocedí en completo silencio para no distraer al tigre, que había oído también la llegada ele alguien más.

Después, Morland apareció sobre el cemento, mirando a su alrededor armado de un potente rifle. No me vio, y cuando yo volví la cabeza también el animal había desaparecido.

Contuve hasta la respiración. Morland dio una vuelta completa sobre sus pies, cubriendo todo alrededor con el cañón del rifle.

Y entonces, de la oscuridad, tan silencioso como una sombra, el tigre saltó y cayó sobre sus espaldas y los dos rodaron por el suelo

en mortal pelea.

El rifle pudo dispararse una vez.

Después, un frenético aullido de terror quedó ahogado en la mitad y ya sólo quedó el sordo gruñido del tigre, y un nauseabundo chapoteo de sus fauces armadas de pavorosos colmillos.

Aquella bestia del infierno estaba tan ocupada que pude acercarme a dos pasos sin que me viera. Recogí el rifle que Morland había perdido al caer, apunté a la cabeza de la fiera y disparé.

El tigre dio un salto, se retorció y al fin cayó como un saco de plomo sobre su propia víctima.

Ninguno de los dos volvería a moverse jamás.

## CAPÍTULO X

El teniente me acompañó hasta la puerta dándome afectuosos golpecitos en la espalda.

—Me ha ayudado usted, Jansen —reconoció—. Pero no se ponga demasiados laureles en este caso.

—No quiero laureles. Todo lo que quiero es descansar y olvidar.

—Lo comprendo.

Era una hora condenadamente mala para visitar a nadie, pero para mí la noche todavía no había terminado. Cuando llegase el día quería tenerlo todo resuelto.

Tuttle me abrió la puerta flanqueado por sus dos perros amaestrados. Éstos llevaban sus trajes oscuros, pero él estaba vestido con un pijama de seda y encima se había puesto un batín del mismo material.

—Tiene usted ideas indecentes, Jansen… Estas horas no…

—Quiero mis cinco mil pavos, Tuttle.

—¿Tiene la foto?

—Seguro.

—Cuénteme.

—No hay nada que contar. La encontré y eso es todo.

Me llevó a la salita que ya conocía y nos sentamos.

Uno de los gorilas trajo de beber y le hice los honores al estupendo *whisky*.

—¿Consiguió también el clixé?

Asentí con un cabezazo.

—Pero no llevo nada de esto encima, Tuttle, no empiece a creer que podrá ahorrarse el pago.

—Ni siquiera pensé en ello. ¿Sabe una cosa? Tiene usted mal aspecto.

—Ya lo sé.
—¿Cuándo quiere el dinero?
—Ahora.
—Hombre…
—Ahora, Tuttle. Mañana tal vez me largue de la ciudad con una dama y no podré perder mucho tiempo.
Suspiró, levantándose.
—Está bien, espere aquí.
Salió, dejándome al cuidado de uno de sus esbirros.
Me negué a pensar más en lo sucedido esa noche. Había algunas viejas revistas en un mueble y tiré de la primera que encontré.
Para no variar, era una especializada en temas y chismes de cine.
La primera página la ocupaba entera una fotografía del rostro de May Dixie. Valía la pena mirarla dos veces. El fotógrafo había hecho un buen trabajo incluso tratándose de una foto en color, en donde las luces y sombras son más difíciles de jugar.
Pero había sabido resaltar sus labios rojos y sus ojos acariciadores, que no era poco.
Pasé unas cuantas páginas dedicando unos vistazos a las fotos interiores. Luego, tropecé con una breve biografía de May, elaborada cuidadosamente por el departamento de publicidad de los estudios.
Sonreí y comencé a leer aquellas diminutas verdades envueltas en multitud de invenciones enormes.
Y de pronto la cosa saltó a mis ojos como el tigre había saltado sobre la espalda de Morland.
Y creo que me causó el mismo daño.
Tuttle regresó instantes después con un grueso puñado de billetes en la mano.
—Sé perfectamente que no me hará usted una jugarreta, Jansen.
—Sé cuándo me juego la cabeza…
Tomé el dinero y me lo embolsé. Luego, los tres me escoltaron hasta la puerta, donde me detuve, volviéndome.
Eché mano al bolsillo, saqué el pequeño sobre y se lo tendí.
—Aquí lo tiene, Tuttle. Felices sueños de ahora en adelante.
—¡Maldita sea, lo llevaba en el bolsillo!
—Ni más ni menos. Buenas noches.

Se echó a reír y yo bajé los peldaños hasta la explanada donde estaba mi coche.

—¡Eh, Jansen! —cacareó.

—¿Sí?

—Salude a esa dama con la que va a largarse, Dígale por lo menos que el dinero con que se diviertan es mío…

Me detuve, volviéndome despacio.

—¿Sabe usted una cosa, Tuttle? Creo que no habrá viaje… ni dama.

Subí al coche y me largué al infierno de allí.

* * *

Ella me abrió la puerta con un salto de cama.

—¡Rod, querido! —exclamó, ciñéndome el cuello con los brazos desnudos—. ¿Sabes qué hora es?

—Seguro.

Cerró la puerta, me dio un rápido beso y me llevó adentro.

Una sirvienta asomó con ojos de sueño y ella la despidió apresuradamente. Luego, vino a sentarse junto a mí, en el diván.

—Te veo terriblemente cansado, corazón.

—Lo estoy. Ha sido una noche maldita.

—¿Por qué?

—Primero dame algo de beber, por favor.

Fue a preparar unos vasos. Saqué la fotografía de Celeste Holm y la dejé cuidadosamente sobre la mesilla, frente al diván.

Ella volvió, sonriente, radiante, con un vaso en cada mano.

—Esta noche no te dejaré escapar, querido mío… atraque tenga que sujetarte con…

De pronto, vio la foto y su voz se extinguió. Los vasos resbalaron de entre sus dedos y se hicieron añicos en el suelo.

—¡Dios del cielo! —jadeó.

Estuvo mirando la fotografía una eternidad de tiempo. Después, sus piernas le fallaron y hubo de dejarse caer sobre el diván. Sus ojos tenían una mirada extraviada cuando los enfocó hacia mí.

—Rod…

—Creo que debes quedarte con la fotografía, May.

—¿Por qué?

Luchó bravamente por recobrarse pero fracasó.

—Lo sabes bien, querida… Me ha costado mucho comprenderlo, y ha debido intervenir la casualidad, y una biografía tuya, que los técnicos amañaron a su gusto. Pero tú naciste en Vermont, ¿no es cierto?

Asintió con un gesto.

—Celeste también. Y tenía una hermana. Y ahora, dime… ¿Por qué mataste a Steiner?

Se derrumbó como una muñeca rota. No pudo contestarme una palabra durante un tiempo. Después susurró:

—Has tenido que ser precisamente tú quien lo descubriera…

—Yo, y los ojos de esta fotografía. Son como los tuyos… aunque me costó darme cuenta de ello. Y luego el mismo origen de las dos… Y Morland admitiendo un asesinato, pero negando haber matado a Steiner.

Se echó atrás. Me levanté y fui en busca de dos vasos más, le di uno y volví a sentarme.

—Tenía que hacerlo —susurró de pronto—. Esperé durante años… egoístamente.

—Cuéntamelo si eso te alivia.

—¿No lo sabes ya?

—Creo que sí.

—Entonces, no me atormentes más, Rod. Ya es todo demasiado horrible sin todo esto.

Bebí y ella me imitó, vaciando su vaso hasta el fondo.

—Ella… era más joven que yo. Quizá no debí dejarla marchar, pero fue imposible retenerla en Vermont —dijo como si hablara consigo misma, con voz sin matices—. Steiner se burló de ella, la utilizó cuanto quiso manteniéndola en la ilusión… luego, el hijo…

—Sé todo eso.

—Sí, claro… Yo vine tras ella, cuando ya había muerto. Lo averigüé todo. Luché ferozmente para llegar arriba porque quería que Steiner pagara el daño que había hecho a la pobre chiquilla, y para llegar hasta Steiner era preciso colocarse a su altura… o tan bajo como él. Entonces, resultó que Archer me tomó en su nómina y casi en sueños llegué a la cima…

—Fue cuando te conocí.

—Sí, Rod…

—Comprendo. Habías alcanzado la fama, la riqueza… dejando atrás jirones de vida. Te faltó decisión para matar a Steiner arrojando todo lo conseguido por la borda, ¿no es cierto?

Asintió en silencio.

Después prosiguió, como en sueños.

—Pero yo sabía que llegaría un momento que le mataría. Le había sentenciado en lo más hondo de mí… sólo faltaba que se dieran las circunstancias propicias… y se dieron la otra noche. Te encontré…

—Sigue.

Se levantó, abrazándose a sí misma como si sintiera frío.

Estuvo mucho rato callada, inmóvil en el centro de la habitación, una estatua de alabastro envuelta en seda transparente.

Cuando se volvió, su rostro era una máscara de cera, tenso y lleno de dolor.

—Te encontré —repitió—. Lo vi todo claro en unos segundos. Quizá fue tu proximidad, los besos, el aniversario de aquélla ya lejana noche en la cabaña… el estar en tus brazos de nuevo… Entonces vi lo que había de hacer. Olvidarlo. ¿Entiendes, Rod?

—Sí.

—Renunciar a la venganza… y renunciar a la vida que había alcanzado con la fama, porque en cierta forma esa vida se la debía a Steiner, el hombre que debía morir. Quería renunciar a todo… contigo. Tú eras mi refugio.

—Y yo te fallé —dije amargamente.

—Sí, me fallaste, y como escarnio me fallaste también a causa de Steiner… ¡Siempre Steiner! Cuando no quisiste acompañarme esa noche, cuando te negaste a vivir nuestro amor justamente en aquellas horas desesperadas, en realidad le condenaste a muerte, Rod.

—Ahora me doy cuenta.

—No es cierto que Hank Morland se propasara en el coche. Le dejé porque no podía soportar su inútil charla. Entré en un bar… el Martin's II, y bebí unas copas. Fui a casa en taxi…

—Te moviste muy aprisa aquella noche.

—Sí. Cuando llamaste estaba cargando la pistola… Quise hacerte venir a mí desesperadamente… por dentro grité de amor, y

de dolor… y de esperanza. Tampoco lo conseguí.

—Y Steiner murió.

—Sí. No me cazaste allí por milagro… te vi llegar oculta en el jardín, Rod.

Me sentí terriblemente viejo y enfurecido. El destino había jugado con nosotros, venciéndonos, destrozándonos como muñecos, en un juego estúpido y cruel.

—Rod…

—Lo siento, pequeña. Lo siento terriblemente.

—Yo no podía decirte que evitases un crimen… pero te llamaba desesperadamente…

—¿Por qué no te llevaste la fotografía de tu hermana?

—Quise hacerlo. Me dolía en el alma dejarla allí después de… después que él murió. Pero pensé que sería una pista que indicaría a la policía mi dirección, o tal vez comprenderían que el crimen se había cometido a causa de la muchacha de la foto… Por eso la dejé allí.

—Comprendo. Y yo me la llevé, ocultando el marco.

Tras una larga pausa musitó:

—¿Qué hemos hecho de nuestras vidas, Rod?

—Un desastre, sin ninguna duda.

Me levanté pesadamente.

Ella, sin mirarme, añadió con voz ronca:

—Nos hemos hecho pedazos el uno al otro. ¿No es cierto, querido?

—Creo que sí.

Señaló el teléfono. De pronto, su voz sonó mucho más firme cuando dijo:

—Está bien, Rod, llámalos. Sólo dame tiempo de vestirme…

—¿A quién he de llamar?

—A los policías, por supuesto.

Encendí un cigarrillo. Mis dedos no estaban muy firmes.

—Olvídalo. Ellos han cerrado el caso.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Ya tienen un culpable.

Dio un respingo y sus dedos se engarfiaron en torno a mi brazo.

—¡Eso no es posible, Rod! ¿No te das cuenta? Jamás permitiré que acusen a un inocente de un crimen que cometí yo.

—El no era inocente. Había matado a un hombre también… por motivos mucho más mezquinos que los tuyos. Ese tipo está muerto ahora y maldito si puede importarle que le carguen una docena de muertes. El caso está cerrado legalmente, nena.

—Eso es absurdo… Yo no podría vivir así.

—¡Condenación! ¿Qué es lo que quieres, que te lleve al teniente y le diga que eres tú quien mató a Steiner?

—Sí, Rod, eso es lo que quiero…

—¡Estás rematadamente loca! Te crucificarán, y esas sucias revistas de escándalo te harán pedazos, destruyendo el recuerdo de tu hermana, llenándote de lodo hasta convertirte en algo tan sucio que dará náuseas. Dime, ¿es eso lo que quieres?

Da pronto estalló en sollozos y se derrumbó sobre el diván. Sin embargo, desde allí dijo:

—Sí, querido… eso es lo que quiero.

—¡Has perdido la razón, maldita sea!

Sacudió la cabeza de un lado a otro. Fui al bar y llené unos vasos. No sé quién lo necesitaba más en aquellos instantes. Vacié el mío y volví a llenarlo antes de ofrecerle uno a ella.

Ni siquiera quiso tomarlo. Lo dejé sobre la mesita. Tardó una eternidad de tiempo en dejar de llorar, y cuando levantó la cabeza su rostro estaba inundado de lágrimas.

Entonces murmuró:

—¿No comprendes, Rod? Si no me hubieses descubierto quizás hubiera podido vivir con los remordimientos dentro de mí, destrozándome poco a poco. Pero ahora no. Ahora sé que un infierno se ha levantado entre tú y yo y ya no quiero seguir soportándolo. He de pagar a costa de lo que sea. Quizá cuando todo termine pueda volver a sentirme limpia y sea posible empezar de nuevo lejos de este pudridero…

No podía comprenderlo. Era algo más fuerte que yo.

No atiné a decir una sola palabra y ella prosiguió, levantándose:

—Sólo te suplico una cosa… en recuerdo de lo de aquella noche tan lejana, Rod…

—Sigue.

—No me abandones cuando más te necesito.

—Siempre estaré a tu lado, pase lo que pase. Eso ya lo sabes. Te fallé una vez, pero eso no volverá a suceder.

Creo que incluso trató de sonreír sin conseguirlo.

—Entonces podré soportarlo. Quiero que me acompañes y estés junto a mí cuando hable con los policías. Después…

—Seguiré junto a ti, pero te repito que…

Me cerró los labios con las puntas de sus dedos.

—Voy a vestirme —musitó—. Creo que en el fondo de mi corazón siempre supe que terminaría entregándome. Espérame sólo unos minutos.

Se dirigió al dormitorio. Luche desesperadamente para encontrar palabras con que obligarla a desistir, pero fracasé.

Ella se volvió antes de cruzar la puerta. Sus ojos brillaban de un modo extraño cuando dijo:

—Rod, ¿crees que me condenarán?

—¿Qué?

—A muerte quiero decir.

—¡Maldita sea! Ningún jurado será capaz de ello. Pero enterrarás unos años de tu vida entre los muros de una cárcel.

—Podré soportarlo…

Fui hacia ella andando como un sonámbulo.

—Escúchame, todavía estamos a tiempo…

Negó con un gesto.

—Es demasiado tarde ya, Rod.

—¿No quieres comprender que te quiero, que esto es también un infierno para mí?

—Lo es para los dos.

No había escapatoria. El destino había jugado con nosotros y al final vencía en toda la línea.

—Está bien, chiquilla. Ve a vestirte. Estaré a tu lado hasta el fin de todo, hasta que vuelvas a ser una mujer libre… y yo me ocuparé de que esto sea pronto.

—No quiero arrancarte ninguna promesa, Rod.

—No necesitas arrancármela. Te esperaré no importa cuánto tiempo si tú también me quieres todavía.

—Siempre…

Giró sobre los talones y desapareció en el dormitorio sin cerrar la puerta.

Volví sobre mis pasos, tomé el vaso que había preparado para ella y lo vacié de un trago, hasta la última gota, oyéndola sollozar

mientras se vestía, despidiéndome mentalmente de mi sueño, deseando tan sólo que nuestro amor fuera posible cuando la pesadilla hubiese terminado… quién sabe cuánto tiempo después.

Ella apareció minutos más tarde enfundada en un delicado vestido gris. Su rostro atormentado tenía una extraña luz.

—Estoy dispuesta, Rod.

Nos dirigimos a la salida. Abrió la puerta y se volvió, dando un último vistazo a lo que dejaba atrás. Luego, salió resueltamente.

Ya fuera, todavía susurró:

—Lo creas o no, precisamente ahora me siento extrañamente libre, querido… Vamos.

Atravesamos el jardín en la noche. Sus dedos buscaron mi mano y se engarfiaron a ella con fuerza.

Abrí la portezuela del coche y entonces me volví hacia ella ansiando realizar un último intento para disuadirla.

Pero adivinó mis intenciones y susurró:

—No lo intentes, Rod, sería inútil… Solo… sólo bésame.

La estreché desesperadamente entre mis brazos.

Supe que siempre estaría a su lado, pendiente de ella, de su libertad y de su vida. Ya no dudé más.

Como ella quería, sólo la besé.

Después, cuando amanecía, entramos en el coche y en silencio emprendía la marcha en busca del teniente…

FIN



José María Lliró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp.

Novelista de variados registros, durante la dictadura franquista convirtió la novela de bolsillo en «novela de acción reportaje», narrando en forma de ficción, los acontecimientos reales que sucedían en Barcelona, durante tiempos de brutal represión y feroz propaganda.

Utilizó los
ALIAS:

- Buck Billings.
- Burton Hare.
- Clark Forrest.
- Delano Dixel.
- Gordon Lumas (a veces, Gordon C. Lumas) (para las novelas del oeste).
- Marcel D'Isard.
- Max (a veces, Mike) Cameron (en terror y policiaco).
- Mike Shane.

- Milly Benton.
- Ray Brady.
- Ray Simmons (a veces, Simmonds).
- Ricky C. Lambert.
- Sam M.